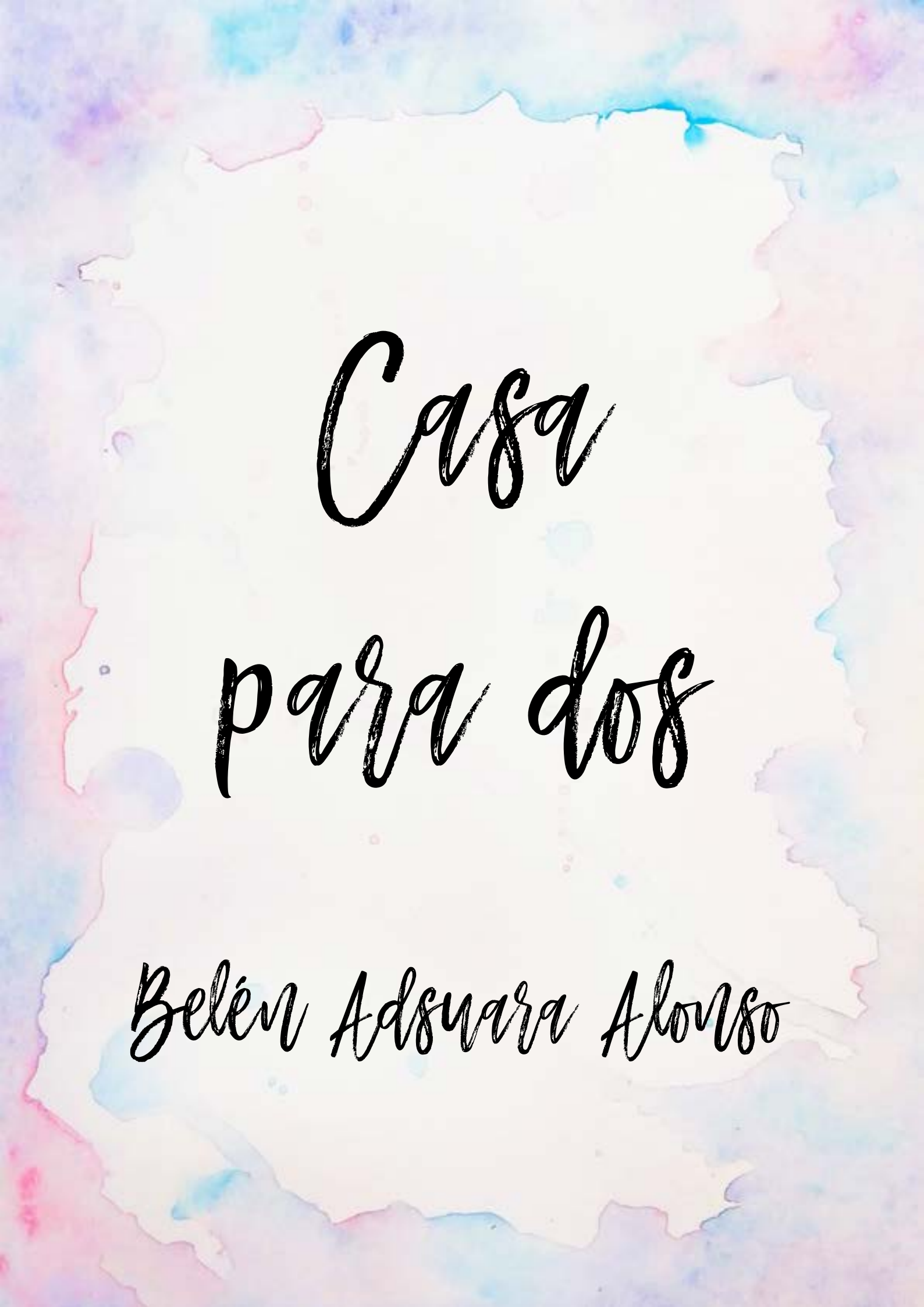


Casa ^{para} dos



BELÉN ADSUARA ALONSO



Casa para dos

Belén Adsuara Alonso

Primera edición digital: Julio de 2020

© Alicia Casas Asensi, por la maqueta y las ilustraciones de fondo

© Belén Adsuara Alonso, por el texto, la portada y las ilustraciones

Belén Adsuara Alonso

twitter.com/BelenAdsuara

[instagram.com/belenadal_](https://www.instagram.com/belenadal_)

[facebook.com/belen.adsuaraalonso](https://www.facebook.com/belen.adsuaraalonso)

Obra registrada bajo licencia Creative Commons en Safe Creative con número de registro 2007174783836.

Quedan prohibidos, dentro de los límites de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Índice de contenidos

...5

...13

...23

...29

...34

...39

...45

...53

...61

...68

...72

Martina

Murphy

Ha pasado un mes desde la primera vez que nos peleamos con un alien chiquitito y verde al que Nora decidió llamar Murphy. Su cabeza era desproporcionada en comparación con el cuerpo, y tenía dos ojos saltones, muy grandes y muy negros, que hacían su boca todavía más diminuta. Murphy cumplía con el prototipo de alien que todos tenemos en la cabeza, pero a Nora le brillaban tanto los ojos mientras me lo contaba que no quise decirle nada.

El pequeño invasor entró por la ventana del salón a las 20:04 un domingo lluvioso cualquiera, y pidió una bolsa de patatas a cambio de no poner fin a la humanidad en aquel preciso instante (palabras textuales de Nora, acompañadas de la mirada más seria que me ha dedicado en la vida), y claro... como con una pandemia ya tenemos suficiente, mejor darle las patatas que hacer de este año uno más surrealista si cabe.

Hay quienes dicen que a estas alturas los marcianitos se están preparando para salir al escenario, nerviosos y deseándose suerte los unos a los otros. Pues bien, tengo algo que contaros: mi novia ha sacrificado su bolsa de patatas para evitarlo. De nada.

No, en serio, es la excusa peor trabajada que me ha soltado hasta la fecha, pero lo dejé pasar porque era más fácil que iniciar una batalla

campal de bolitas de papel, y aquel día estaba demasiado cansada como para moverme un milímetro más o interpretar a una pobre alma en desgracia que muere agónicamente meneándose trágicamente en el suelo porque ha sido atacada por una de esas bolas del demonio.

Desde la cocina oigo el crujir de las patatas de bolsa que desaparecen una a una conforme Nora se las va metiendo en la boca, y en otras circunstancias iría a salvarlas, pero ha tenido un mal día y se lo merece. También oigo las vocecillas de los dibujos animados de la serie que está viendo, y sonrío. Cojo aire. Y lo suelto.

No sé en qué contexto estarás, pero me siento en la obligación de explicarte el nuestro: 2020. Pandemia. Al parecer, un bichillo únicamente visible al microscopio tiene complejo de *zombie* y pasa de humano a humano por contacto, así que estamos confinadas en casa. El muy asqueroso se ha coronado y todo como rey del mundo, porque en las noticias no se habla de otra cosa y hasta hay una cuenta bastante graciosa de *Twitter* que busca amenizar el rato. Pero el muy capullo no quiere irse, y llevamos un par de meses sin salir a la calle.

A todos nos cuesta al principio; nadie te prepara para el apocalipsis, y parece tan de ciencia ficción que en ningún momento te planteas que algo así pueda llegar a pasar, y entonces el miedo te devora las entrañas y a veces solo tienes ganas de llorar. De gritar. De patalear. De salir al balcón, no a aplaudir, sino a decir que estás harta, que quieres dormir y no despertar hasta que acabe el año.

Yo me acostumbré bastante rápido en comparación a la mitad de mi *Timeline* de *Twitter*, pero Nora... A Nora se le dan un poquitín mal los cambios, y ha tenido días realmente malos. Hoy ha sido uno de ellos.

Por eso voy a dejar que se coma la bolsa de patatas ella solita y me suelte una horrible excusa cuando aparezca en el salón con dos platos y cara de cachorrito porque solo quedan migajas.

—¡Martina! Ven, corre, ¡mira!

Cojo los platos todo lo rápido que puedo y olvido la entrada triunfal que tenía preparada en la cabeza, apareciendo como un pato mareado por la puerta del salón.

—Déjame adivinar... Murphy ha vuelto a por su bolsa de patatas diaria.

Nora deja de señalar la televisión y me mira con los ojos muy abiertos y la boca pequeña rodeada de sal, masticando lentamente lo que le queda antes de tragar. Niega con tanta fuerza que un par de mechones rebeldes se escapan de su moño mal hecho, y esconde la bolsa tras ella esbozando una sonrisa. Tiene las mejillas pintadas de color rosa y las pequitas de acuarela asoman cuando las luces de un coche cruzan la calle e iluminan parcialmente la habitación. Mi corazón se prepara en el trampolín para lanzarse a la piscina, y ella saca la bolsa escondiendo su sonrisa.

—Hoy ha dejado pruebas del delito —afirma en voz baja.

—Ya veo...

Dejo los platos en la mesita baja y me siento a su lado con el murmullo de los dibujos de fondo y la calle en silencio, Nora acercándose a pasos de hormiguita y dejándose caer sobre mí, rodeándome con los brazos y entrelazando sus dedos. Suspiro. Me escurro en el sofá, y noto cómo Nora sonríe contra mi hombro antes de dejar un beso perdido en él. Yo dejo otro en su sien y deslizo la mano por su espalda, arriba y abajo, como lo harían las serpientes la noche del campamento en la que los monitores decidían que estábamos demasiado alborotados como para dormir, y nos guiaban con los masajes que nos hacíamos los unos a los otros. La solución siempre era dejar que mil hormiguitas del tamaño de una avellana treparan por nuestras vértebras, serpientes se enredasen en nuestras costillas y elefantes dejasen huellas de tamaño corazón. Nora suelta un hipido y se remueve.

—Si haces eso, me voy a dormir.

—¿Entonces quieres que pare?

—No.

Nora levanta la cabeza para mirarme con un puchero en los labios que quiero deshacer.

—Murphy no se ha comido las patatas, he sido yo —dice con toda la dignidad que le queda en el cuerpo (no mucha), y sé que se está

esforzando enormemente por no romper a reír por cómo le bailan las aletas de la nariz.

—¡No! ¿De verdad? Entonces has cometido un crimen.

Nora ríe y parece que compensa todas las lágrimas de esta tarde y las del último mes, aunque las dos sabemos que en algún momento de la eternidad que se nos echa encima volverán a aflorar, y saldrán margaritas de ellas que contarán los minutos, segundos y horas que quedan para que una de las dos haga o diga la tontería del siglo y estalle en pétalos de risa cálida y calma. Nora está llena de margaritas, aunque dice que es más de claveles.

Estira el brazo hasta alcanzar la triste bolsa de patatas que ha quedado olvidada en el rincón más solitario del sofá, y me la tiende con todas sus migajas saladas moviéndose en su interior, pero yo decido dejarla a un lado y comérmela a ella. A besos. Solo necesito una carita bonita y unos pocos segundos para dejar besos rápidos y ruidosos por toda ella, por la frente y las mejillas y la nariz, la barbilla y los ojos y los labios, que no tengo yo muy claro si saben más a patata o a sal o a margarita recién hecha pedacitos después de la última carcajada.

Nora ríe, muerta de las cosquillas, y se escurre todavía más hasta quedarse en una posición bastante extraña sobre el sofá.

—¿Quién ha cometido un crimen ahora, eh? —repone.

Me encojo de hombros.

Tiene la cara llena de besos marcados con pintalabios rojo, el poco que me quedaba, y esto ha ocurrido demasiadas veces ya como para tener que recordarle que no podrá quitárselo si no es con una toallita desmaquillante.

—Si esto es un crimen, que me detengan. Me declaro reincidente, señoría.

—Qué tonta eres.

—Por lo menos yo no le robo las patatas de bolsa a mi novia mientras cocina para dos.

—¡Pero ha sido Murphy! —consigue decir entre risas.

—Sí, Murphy. Lo de tu cara también ha sido Murphy.

Nora hace ademán de coger la bolsa de patatas, pero yo soy más rápida estirando el brazo y alejándola de ella, aunque para cuando creía que tenía la situación controlada, Nora pierde el equilibrio y cae sobre mí. Ella se ríe porque está sobre blando, pero yo... yo voy a necesitar que me levante una grúa si decide incorporarse. Llevo todo el día pintando un mural del tamaño de una pared, y esperaba poder quedarme quietecita y sentadita durante la cena viendo una peli de Disney o algo de eso, no que Nora se me tirase encima y empezase a estirar mis mejillas.

—¿Sabes qué es lo mejor de esta cuarentena? — me pregunta, y yo entorno los ojos porque no puedo hablar sin soltar un montón de sílabas aleatorias—. Poder hacer esto... —Estira mis mejillas todavía más—. Y esto... —Las aplasta hasta que se me queda cara de pez—. Y esto —añade, dejando un fugaz beso sobre mi nariz—, siempre que quiera.



Ya te darás cuenta, pero no hay día que Nora no les haga algo a mis mofletes, ya sea aplastarlos, estirarlos o dejar pedorretas en ellos para que luego tenga que limpiarme las babas. De estas últimas siempre sale corriendo con un grito escapando a medio gas de su garganta.

Ahora soy yo la que acaricia sus mejillas con la yema de los dedos índice y corazón, trazando siluetas que se extienden por la frente y cruzan por el puente de la nariz, resbalan por los labios y caen en la barbilla, delineando la mandíbula hasta llegar a las orejas y apartar los mechones más cortos que le salpican los pómulos. Ella sonríe con los ojos cerrados y se deja caer apoyando la cabeza en la base de mi cuello.

—Para mí, lo mejor de esta cuarentena es pasarla contigo —murmuro, y Nora me pellizca los hombros como respuesta.

—Cursi.

—Mucho, pero es verdad. Estaría hecha una bolita en la esquina todo el día si no pudiese verte y abrazarte y achucharte. Las videollamadas están muy bien, pero... les falta esa función.

Nora suspira y se acurruca buscando una postura más cómoda. Creo que a estas alturas ya se le ha olvidado que está tumbada sobre mí, y que el brazo del sofá me pilla un poco alto para poner bien la cabeza. Desde aquí puedo ver los platos de tortilla enfriándose con cada minuto que pasa, una bolsa de patatas lanzada de cualquier manera cerca del mueble del televisor, y unos dibujitos animados bastante raros al otro lado de la pantalla.

Frunzo el ceño.

—¿No eres un poco mayor ya para ver esas cosas? Están fatal hechos.

Nora suelta una risa cansada y estira el brazo señalando dos personajes que no hacen más que aparecer y desaparecer del plano cuando cambian de enfoque.

—Mira, somos tú y yo.

Me quedo dos segundos en silencio para estudiar las nuevas «tú y yo» de Nora. Son un poco raritas.

—Y tú eres la rosa, ¿a que sí?

—Sí. Tú eres Marceline.

La muñequita rosa tiene el pelo larguísimo, más incluso que Nora, y una corona casi más grande que su cabeza. Sus brazos son dos líneas sin ningún tipo de anatomía lógica que se doblan a voluntad de la animación, aunque los de la muñequita que me ha asignado tampoco son mejores. Creo que nos parecemos en... el blanco de los ojos. Sí, tiene que ser eso. Marceline es blanca como la leche, y mi piel es bastante más oscura, no tengo el pelo largo y ni siquiera sé volar. Se me escapa una sonrisa tonta que sube mis comisuras hasta ocupar media mejilla cada una, y cruzo los brazos sobre la cintura de Nora, dando suaves toquitos con los dedos en sus costillas.

—¿Y en qué se parecen a nosotras?

Nora se encoge de hombros.

—Se quieren.

Todos los personajes femeninos que se quieren somos Nora y yo. Al final te acostumbras, aunque va por rachas y no tardará mucho en cansarse de estos dos.

Un tercer personaje aparece en escena, una nube morada con una estrella por corona, vuela y tiene los mismos brazos enclenques que las otras dos.

—Nora... creo que esa se parece más a mí.

Nora se medio incorpora muy ofendida, apoyando los codos a ambos lados de mi costado. Me mira con el ceño fruncido y un mohín en los labios que hacen que suelte una carcajada que seguro que Murphy ha escuchado en su galaxia lejana.

—Martina, tengo malas noticias para ti: no eres morada.

—¡Pero tú tampoco eres rosa! Y Marceline es blanca como la pared, vamos. ¿Por qué no puedo ser esa?

—¡Porque no me cae bien! Además, no se lleva con ninguna ni tiene una relación tan bonita como las otras dos, si vieres la serie lo entenderías. Yo soy la Princesa Chicle porque estoy más en mi mundo que otra cosa, y tú eres Marceline porque cuando cocinas y la casa se llena de olor a comida, da igual todo lo demás.

—¿Marceline cocina?

—No, toca el bajo.

—¡NORA, QUE NO SE PARECE A MÍ!

—Para ella, su bajo es tan importante como para ti la cocina —explica mientras juega con uno de mis rizos—. Y quien dice cocina, también dice el dibujo. Las dos tenéis un talento increíble que ya me gustaría, así que no te quejes tanto —añade, dándome un toque en la nariz.

—¿Y qué hace la rosa?

—Es científica —dice, toda digna.

—... Y hace explotar el laboratorio, ¿a que sí?

Nora enarca una ceja y ataca con cosquillas (la peor tortura que existe viniendo de ella) hasta que se cae del sofá y rueda por la alfombra (bueno, puede que yo la haya empujado un poquito).

El capítulo de los dibujos termina y Nora vuelve al sofá medio tendida sobre mí con más rubor en las mejillas que antes y los ojos brillantes por las lágrimas de risa. Como hoy me toca elegir peli, me hago con el mando todo lo rápido que puedo y voy pulsando botones hasta que encuentro *Frozen*. La primera, porque la segunda toca mañana y todavía quiero ponerme en bucle las canciones un par de veces más para terminar de asentarlas y hacer karaoke mientras la vemos.

Nora ni se inmuta cuando el castillo Disney ocupa toda la pantalla, ni cuando los copos de nieve revolotean de un lado a otro hasta que el enfoque cambia, la primera canción empieza a sonar y los personajes cortan hielo como si fuese mantequilla.

Alargo un brazo para coger mi plato de tortilla (ya fría), pero Nora se las apaña para que el tenedor acabe en su boca en vez de en la mía. Es un bebé enanísimo, y se enfada cuando no la tomo en serio, pero tampoco se puede tener todo en esta vida. *Mi consentida* (solo por hoy, lo prometo).



Nora

reina de una galaxia no tan lejana

A Martina siempre le ha gustado pintar y manchar su delantal negro cada vez que coge un pincel, salpicarlo de las tonalidades del arcoíris y dejarlo secar en lugar de lavarlo para tenerlo limpio a la próxima. Nada de lo que usa para pintar se lava, ni el delantal ni la paleta, ni siquiera el vaso de *Nocilla* en el que moja los pinceles, y aunque al principio me chocaba muchísimo, al final me lo explicó para que lo entendiera: queda más bonito así.

Cuando entras en la habitación, te encuentras lienzos pequeños colgados en la pared y otros tantos más grandes a medio hacer en los caballetes repartidos estratégicamente por los pocos metros cuadrados que abarca la estancia, botes de pintura acrílica llenan las estanterías acompañados de acuarelas, ceras y lápices desde el 5H al 6B. Martina empieza a hablar el idioma de los colores cuando se encierra ahí dentro, y parece tan feliz tarareando las mismas canciones una y otra vez que muchas veces me quedo a escucharla desde la puerta, apoyada en el marco, sin que a ninguno de los dedos de mis pies se les ocurra cruzar la línea que separa su habitación del corto y estrecho pasillo de la casa, no vaya a ser que se desvanezca la magia.

Esta mañana me he levantado y he conseguido llegar a la cocina sin chocarme con ninguna pared (minipunto para mí), y cuando he cerrado la nevera después de sacar la leche de avena, me he encontrado un papelito con la letra de Martina bajo el imán de la flor pegado en la puerta.

Buenos días.

Y una carita.

(Le ha faltado el «reina», pero se lo perdono).

Eran las 9:30 de la mañana... Bueno, las 10:00. ¿Las 10:04? Las 10:17, vale, sí, casi una hora después de que sonase la alarma. Eran las 10:17 de la mañana y Martina ya estaba despierta, la música se colaba bajo la rendija de la puerta de su habitación y el suave olor a pintura inundaba cada estancia de la casa.

La cocina todavía baila en mis retinas, y es que creo que ayer se nos hizo tan tarde que me dormí en el sofá y alguien tuvo que llevarme en volandas hasta la cama. Después de *Frozen*, Martina se empeñó en que teníamos que volver a ver *Maléfica*, y luego le entró la morriña y quiso ver por enésima vez *Enredados*. Si luego cayó *Vaiana*, ya no lo sé.

Esta mañana estoy de resaca peliculera, y casi tiro la taza a la basura y meto el brik de leche en el microondas.

Remuevo los cereales con la energía de un elefante deprimido (también hemos visto *Ballerina* unas chorrocientas veces), y desayuno todo lo rápido que mis músculos dormidos me permiten. Me froto los ojos y bostezo, estirándome como un gato con sonidito de recién levantada incluido, y voy al cuarto de baño donde continúa mi rutina de mañana: lavarme la cara y los dientes, hacer pis y quedarme unos cinco minutos delante del espejo poniendo caras de lo más absurdas y ridículas. Puede que eso último sea lo más importante, de hecho.

Me recojo el pelo en dos trenzas con las gomas de purpurina que compramos antes de que cerrase todo, y salgo al pasillo a sumar un



palito a la cuenta de días de cuarentena durante la pandemia. Llevamos cincuenta y dos, un poco más que otra gente, porque decidimos confinarnos antes y aprovechar para organizar las cosas por lo que pudiera pasar... y hablar con nuestras familias. Al vivir lejos, esto es un pelín más complicado, pero están todos bien. Estamos todos bien.

La luz se cuela por las ventanas de las habitaciones y se proyecta en el suelo del pasillo. La puerta de Martina brilla cuando el cuartito de la lavadora se queda abierto y la luz se filtra a través, iluminando las tarjetas cutrillas y las postales horteras que quiere mantener por alguna razón, aunque ya le he dicho que así es más difícil limpiar.

Giro la manivela lentamente con cuidado de no hacer mucho ruido, y me la encuentro pintando el mural más fantástico que he visto en mi vida. El fondo es más claro que oscuro, aunque los degradados de las esquinas pretenden simular un universo más profundo y negro, quizá pequeños agujeros de gusano repartidos aquí y allá. Un par de planetas (uno más parecido a la luna, con cráteres cubriendo parte de la superficie, y el otro de un color rosa tostado) asoman tímidamente desde uno de los laterales, que también está repleto de estrellitas de distintos tamaños. Solo lleva pintando ese mural un par de días y ya tengo ganas de verlo terminado, como todo lo que tiene en proceso. La mejor parte es cuando la coge con cuidado de no mancharse y me busca para enseñarme la obra con la ilusión a flor de piel y la voz más aguda que de normal.

Me muerdo el labio. Está tan concentrada que me da pena decirle que ya estoy despierta, pero también quiero mi beso de buenos días, y la balanza se inclina más hacia este lado.

Doy un par de toques en la puerta con los nudillos, Martina se baja los cascos y me mira, sonriente.

—¡Mi amor! —Deja la brocha en el plato de plástico y se acerca con pies de pato intentando no romper el papel que cubre el suelo, pero se detiene a los pocos pasos con ojos de sapo y boca de pez—. ¿Te he despertado yo?

Ladeo la cabeza y dejo que se me escape la risa, acortando la distancia que nos separa para abrazarla. Huele a vainilla y a champú de papaya, todavía con los rizos mojados que dejan gotitas en mi frente.

—No, ha sido el sol —murmuro contra su cuello.

—Buscaré en *Yahoo! Respuestas* cómo apagar el sol, entonces.

—No seas tonta.

Me separo un poquito y la beso hasta que ella sonríe y sus pestañas empiezan a hacerme cosquillas. Martina ha debido de dejarse olvidadas unas cuantas estrellas en sus pupilas de todas las que ha pintado en la pared, y si voy a verlas cada mañana cuando me despierte no quiero que se le despeguen nunca, no quiero que se reflejen en el mural si voy a perderlas cuando lo haya terminado, aunque sepa que nacerán otras con la próxima obra de arte.

Martina en sí ya es una obra de arte, y quiere hacer de esta casa una galería de museo sin saber que yo ya tengo uno justo delante. Que, si se adentrase un poco más en sí misma, vería tantas estrellas como yo y querría quedarse a dormir en ellas.

Mis dedos trepan por sus mejillas de camino a los ojos, y cuando ella los cierra puedo acariciar los párpados. Hoy se ha maquillado como un girasol. El rímel amarillo le empapa las pestañas, y la sombra ocre dorada le inunda las cuencas.

Suspiro, y dejo un último beso de buenos días plantado en su nariz antes de aplastar sus mejillas, pero ella es más rápida y entrelaza sus dedos con los míos antes de que yo pueda apartarme.

—¿Te gusta?

—¿El mural?

Martina lo mira como Rapunzel miraba los cachitos de pared que todavía quedaban en blanco por pintar en lo alto de su Torre, se acerca un poco y marca un punto con el dedo entre la espesura del negro universo.

—Ahí dibujaré a Murphy. Seguro que le gustará tener un trocito en la pared, puesto que ya es prácticamente de la familia, ¿verdad?

Me mira, y yo tengo que hacer un esfuerzo increíble por no llorar. Hace un tiempo hablamos de adoptar un gatito, lo llamaríamos Wazowski y lo mimaríamos y consentiríamos muchísimo comprándole las latas de atún más caras del supermercado, así que supongo que nunca se me

pasó por la cabeza la idea de tener un alien. Por muy ficticio que fuese, en mi mente estuvo vivo desde el segundo uno en que le puse nombre y se lo presenté a Martina.

Aunque, si te digo la verdad, creo que lo que más me emociona ahora es que haya utilizado la palabra *familia*. La nuestra es pequeña, pero también está llena de amor.

—Ohana —susurro sin voz.

—Ohana significa familia —completa Martina con la voz rara, como si estuviera borracha, como si intentase por primera vez en su vida que la imitación de Stitch le saliese decente.

—Y familia significa estar juntas siempre.

—¡Siimpri! —repite, y me achucha tan fuerte que mis órganos se vuelven de papel—. Hasta que caiga un meteorito tan grande como el que extinguió a los dinosaurios, porque entonces ya no habrá *siempre* que valgan.

—¡Martina!

—¿Qué? ¿No sabes que esas cosas son cíclicas?

Cíclicas o no, el capón se lo ha ganado.

Martina ríe, pero yo me he quedado clavada en el sitio como un pasmarote. ¿En qué clase de cabeza cabe una idea semejante? Ah, cierto, en la de mi novia. Gracias por recordarlo.

Todavía con la sonrisa dibujada, coge tanto aire que parece que traga un universo entero y luego lo suelta; quizá así se originó el *Big Bang*, de la respiración de alguien demasiado grande a quien ya no le cabía más amor y espera en el pecho, y decidió compartirlo con quien fuese.

A veces pienso que yo también debería de empezar a soltar todo lo que llevo dentro en forma de suspiros, porque seguro que ya va más de un *Big Bang* que me estalla en los pulmones, o en el corazón o entre las costillas.

—Era broma —confiesa Martina—. En realidad, no lo sé. Pero puedes estar tranquila, porque eso no va a pasar hoy, ni mañana, ni pasado mañana.

—Con el añito que llevamos... poco me extrañaría.

Martina arruga la nariz, empapa su dedo pulgar de pintura amarilla chillona, se acerca al mural y dibuja una corona aleatoria en algún lugar del universo que hay medio pintado en la pared. Es pequeña, mucho más que los planetas y casi tanto como las estrellas que ya hay dibujadas, pero por cómo sonrío cuando termina los tres picos, creo que hay algo más.

—Ahí vas a estar tú —dice—. La reina de una galaxia no tan lejana. ¡Tu primera galaxia, Nora! ¿Qué nombre le vas a poner?

Mi mirada se vuelve a empañar y solo quiero tirar del pelo de Martina lo suficientemente fuerte como para que le moleste un poquito, porque es la segunda vez que me hace llorar en diez minutos, y creo que no son ni las once de la mañana. También puede que yo esté especialmente sensible hoy (debería revisar la aplicación de la regla).

—¿Voy a aparecer en tu mural? —La voz me sale a trompicones, pero no me importa. A Martina tampoco.

—Vas a ser la estrella de mi mural —concreta—. Ya hay muchas, pero ninguna tiene corona. Además, tendrás cerca a Murphy, así le tienes controlado.

Hago un puchero con los labios, me acerco al plato impregnado de pintura amarilla para mojar un poco mi dedo y luego dibujo otra corona (más pocha, menos elegante, más Nora y menos Martina) justo al lado.

—Así le *tenemos* controlado —corrijo.

—Pero tú tenías que ser la reina de tu galaxia...

—Y porque soy la reina, elijo que tú estés conmigo. Aquí. A mi lado.

Martina ya está a mi lado en cada pequeño detalle y en cada minuto de mi día (básicamente porque no podemos salir de casa y compartimos

un piso pequeño), pero también me encantaría que compartiese ese trocito de (pared) universo. Cuando me mira, su pozo de estrellas es más profundo todavía.

—Me quedaré a tu lado, entonces —murmura para que no se le quiebre la voz, aunque ella ya sabe que no es menos fuerte por dejarse fluir de vez en cuando—. La reina Nora.

—Nortina.

Martina despierta de su ensoñación y se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Nortina. Quiero que la galaxia se llame Nortina. Es como quedaría si juntas nuestros nombres.

Nor(a). (Mar)tina. No es tan difícil.

—No te ofendas, pero... me recuerda a un *Pokémon*, Nidorina.

Me encojo de hombros con la risa atrapada en la garganta.

—También suena a cortina. Pero quiero que se llame así porque tendrá un poquito de cada.

Martina asiente y apunta el nombre con lápiz en un papel que tiene para las pruebas de color antes de pintar, mira una última vez las coronas en el centro del universo y busca mi mano a tientas, rozándome los dedos.

—¿Te he dicho alguna vez lo genial que eres?

Unas sesenta veces en lo que llevamos de semana, sí, pero no voy a morirme por escucharlo una vez más. Me acerco poco a poco sin hacer ruido hasta que puedo sentirla contra mí, y apoyo la cabeza en el hueco del cuello; ella me envuelve con sus brazos y da pequeños tirones de mis trenzas, que cada vez están más despelucadas.

—Tienes tantas cosas en la cabeza que me da miedo no llegar a descubrirlas todas, que un meteorito me aplaste antes de decir que te

quiero por última vez. Me da miedo no saber si cada vez que te digo que te quiero será la última. —Martina traza círculos en mi espalda, como si así las palabras estuviesen más ordenadas en su cabeza antes de soltarlas—. No me importa que te comas todas las patat... que Murphy se cuele de vez en cuando en casa, ni que me toques con los pies fríos mientras duermes, y tampoco que no te aprendas las canciones de *Vaiana* aunque la hayamos visto mil veces. Siempre vas a ser Nora —recuerda, y yo hace un rato que he cerrado los ojos y me he dejado llevar—. La Nora del primer día.

Martina se ha dado cuenta de que no es fácil vivir siendo yo. No es que sea un bicho en peligro de extinción o tenga alguna rareza, en cualquier aspecto que cubre la palabra. Creo que yo misma alimento tanto al miedo irracional de mi cabeza que se me ha olvidado cómo parar.

—Me gusta esa Nora, y me gusta la Nora que tengo delante. Me gusta la Nora que decide llamar a su galaxia Nortina, la que viene a buscar su beso de buenos días y la que se enfada si pierde la batalla de pelotitas de papel.

Sonríe e inspiro un sollozo que se me queda atravesado en la tráquea.

—Ya lo sé —murmuro.

—Solo quería recordártelo, porque son las once de la mañana y hemos amanecido confinadas un día más. ¡Pero no pasa nada! Esto también se irá.

Se separa unos centímetros de nada de mí y deja un millón de besitos chiquititos en mi mejilla que pronto hacen brotar la primera carcajada.

—Te quiero mucho, mucho, mucho, mucho, mucho.

—¿Cuánto mucho?

—Así —dice, separándose de mí y estirando los brazos todo lo que puede—, y así —continúa, paseando de una esquina de la habitación a otra como un espantapájaros—, ¡y así! —prosigue, saliendo de la habitación, dispuesta a invadir el pasillo.

—¡Es tanto que vas a explotar!

Martina vuelve y asoma la cabeza por el marco de la puerta, tan contenta que las mejillas le empujaban los ojos.

—Ni te lo imaginas.

Entra en la habitación a seguir pintando, esta vez sin los cascos y con una sonrisa más nueva instalada entre la nariz y la barbilla, coge la paleta y dibuja una Nora y una Martina diminutas, la una junto a la otra, bajo las coronas doradas.

(Chúpate esa, coronavirus, seguro que nuestras coronas son más bonitas).

—Hablando de Nortina... —interrumpo, y Martina corresponde con un sonido—. ¿Tienes pensado dibujar un *algo* sobre lo que ponernos, o pretendes dejarnos volar por el espacio?

Martina tiene los ojos muy abiertos cuando me mira, y hasta parece un poco ofendida.

—¿Qué hay de malo en volar? Tiene que ser súper chulo, no hay gravedad.

—Ya... pero es que yo me mareo con facilidad.

—No en Nortina —zanja, imposible estar más segura de lo que dice.

—Ya, pero... es que yo soy la reina. —Martina enarca una ceja cuando me acerco por detrás y dejo caer una mano sobre su hombro—, y exijo una superficie para apoyarme. No me gusta la idea de flotar en la nada.



Ella bufa, divertida.

—Nora, es un papel. Sobre una pared.

—¡MI galaxia!

Martina estalla en carcajadas y me promete que algo se le ocurrirá. Yo

solo velo por el bien de mi cabeza y el sueño de Martina, porque si me pongo a vomitar ya puede darme por perdida.

—Lo que yo decía —murmura cuando salgo de la habitación—. Mi consentida.

Martina

Pinchito

Cuando Nora se concentra saca la lengua y ni siquiera se da cuenta. Elegir qué ficha va a mover es cuestión de vida o muerte cuando a mí me faltan dos por meter en casa y a ella le queda una por sacar, con el resto desperdigadas sobre el tablero.

Podría quedarme horas mirándola con el humo saliéndole de las orejas, el pelo recogido en una coleta alta que deja sueltos los mechones más cortos alrededor de la cara, las cejas fruncidas en forma de «U» rara. Nora se pellizca la mejilla para liberar tensión cuando el quebradero de cabeza es importante.

—¡No vale! Seguro que has hecho trampas.

—El parchís es un juego de niños, tan simple que no se puede hacer trampas.

Nora me mira con una ceja enarcada, apoya los brazos en la mesa y la cabeza en ellos. Resopla.

—¿Y por qué siempre ganas?

—Porque sé jugar.

—¡Pero yo también sé jugar! —repite, y mueve la única ficha que no tiene bloqueada por una barrera.

Jugar con Nora a juegos de mesa siempre es un lío porque sus normas no son las mías. ¿Tú te crees que la primera vez que jugamos al UNO me

convenció para poder echar todos los robados que quisiera después de un robo cuatro? Así acabé con la mano llena de cartas mientras ella reía y reía sin parar, tanto que le entró el hipo y tuvimos que dejar la partida porque no era capaz de mantenerse recta en la silla.

Hoy le he leído las reglas del parchís en voz alta, las que venían con el tablero, no vaya a ser que se le ocurriese... yo qué sé, que podías empezar con todas las fichas fuera, o que al comer mueves cuarenta en vez de veinte.

—A ver, Nora... ¿estás preparada?

—¡No me comas! —suplica ella al ver el número en los dados, llevándose las manos a la cabeza; yo rozo la ficha con las yemas de los dedos—. Si me comes una más, hoy duermes en el suelo.

Me muerdo el interior de las mejillas para no reír y cojo la ficha bajo la atenta mirada de Nora, que retiene el aire en sus pulmones y levanta la cabeza a cámara lenta con cada pequeño movimiento que hago. Lo siento por ella y porque me he quedado con toda su buena suerte, pero hago avanzar mi ficha hasta la casilla de la suya y la retiro del tablero con efectos de sonido incluidos made in Martina.

Nora se estira las mejillas, suelta un gritito y se queda muy quieta observando cómo cuento veinte hasta situarme muy cerquita de mi casa, y ella tiene una ficha más sin sacar. Baja los hombros con desesperación y me mira con cara de pez.

—Te dije que no me comieses.

—Claro, si quieres decides por mí qué ficha muevo también.

Nora hace un puchero.

—Pues sería un detalle.

Ladeo la cabeza, observando cómo lanza los dados y mueve con un mísero tres que casi rebota en la barrera que le tiene cortado el paso. Entrecierra los ojos cuando saco un seis y me toca romper, ella se pone contenta porque ha sacado un once entre los dos dados, y cuando vuelvo a tirar...

—Martina, cariño, de verdad, por favor te lo pido.

No puedo contener la risa cuando cojo mi ficha y hago que avance lentamente, de una en una, hasta que llega a la casilla que casualmente estaba previamente ocupada por Nora. Ella ya no me mira, repiquetea con los dedos encima de la mesa e intenta reprimir una sonrisa que aun así asoma un poquito entre sus comisuras.

—Quieres guerra —murmura, bajando la cabeza—. Y lo sabes.

Mi ficha se come a la suya.

La miro por encima del tablero.

—Tú dirás.

Nora sonríe, y sus mejillas se comen la mitad de sus ojos.

— A por las barricadas!

Sale corriendo hacia el pasillo hasta que llega a uno de los cuartitos que no solemos frecuentar porque están llenos de trastos y huelen a humedad, y yo aparto la mesita del salón y coloco dos sillas a cada lado del sofá. Una manta de patitos multicolores cubre las suyas, y el mantel a cuadros las mías; para cuando Nora llega, el salón ha dejado de ser una habitación de estar y se ha convertido en un auténtico campo de batalla que no est  completo hasta que me lanza dos paquetes de rollos de papel, y ella se queda otros dos.

 Te preguntabas por qué desaparecía el papel higiénico de los supermercados?



Nora también llega cargada con dos tacos de folios, uno para cada una: apuntes de otros años que ya no sirven, algunos anteriores a la universidad, que vamos gastando en nuestras batallas de bolitas de papel porque no encontramos otra solución mejor.

De cada folio se sacan dos pelotitas, y no me da tiempo a rasgar el tercero cuando Nora ríe y me lanza la primera, invadiendo mi fuerte.

De ahora en adelante ya no parecemos personas adultas de veintipocos años, y dejamos que las niñas que todavía duermen en nuestras aurículas esperando a que la sangre sea bombeada lo suficientemente fuerte salgan a jugar, inundando cada risa y fortaleciendo cada ataque, sin cansarse.

Cinco bolitas de papel llegan a la vez a mi lado del salón, y asomo la cabeza por encima de las sillas para encontrarme con una Nora deshecha en risas, rasgando folios y arrug ndolos de manera mecánica.



— Eso s  que es hacer trampas!

— Nunca dijimos que tuviesen que ser de una en una!

Rasgo cinco folios de golpe y hago diez pelotitas que le lanzo de una.

—¡Pero se suponía, desgraciada!

Nora se esconde en su fuerte y oigo cómo trocea el papel todo lo rápido que puede, tanto que mucho me temo que habrá bolitas considerablemente más grandes que otras, y que las pequeñas ni siquiera llegarán a traspasar la barrera del sofá. Yo intento hacer lo mismo con mis folios para conseguir munición en mi arsenal, pero Nora vuelve a ser más rápida y lanza una bola que alcanza a una de las estanterías de la pared.

El pequeño cactus herido vuelca, y la tierra cae sobre la madera.

—¡Perdón!

Ese era *mi* cactus, el que traje de casa de mis padres, el que compré en Verdecora después de sacarme el carné de conducir, el que aguantó mis noches en vela estudiando bajo la luz del flexo.

—¡A Pinchito estaban empezando a salirle flores, Nora!

—¡Todavía vive!

Cargo unas cuantas bolitas con ambas manos y me preparo para atacar.

—Puede que él sí, ¡pero ya veremos si tú sales viva de esto!

Nora se esconde cuando prevé la lluvia que se le viene encima, y ríe tanto que no sé si vamos a poder continuar. O le entrará el hipo o tendrá que ir corriendo al baño, no se baraja ninguna otra opción, pero me sorprende cuando levanta la mano y la agita. Yo miro a mi alrededor: me he quedado sin papel.

—¿Lo dejamos en tablas?

Aparta las sillas a un lado y se acerca a mi fuerte, que está de luto por la caída de Pinchito; cuando se asoma entre los cuadros del mantel puedo ver que tiene la cara colorada, casi como un tomate por el esfuerzo, y mi corazón sigue latiendo con fuerza dentro de mi pecho.

Pinchito solo ha sufrido daños colaterales, nada que no le haya pasado antes a cualquiera de los lienzos que tengo colgados en las paredes del salón o los libros que perdían el equilibrio y caían sobre nuestras cabezas, fuera quien fuese que estuviese debajo tras el impacto de la bolita. Ni te imaginas el poder que tienen lanzadas con fuerza, yo creo que en los Juegos del Hambre serían un arma infalible (pero no vamos a probarlo, por si acaso).

Cojo la tierra de la balda con los dedos y la devuelvo a la maceta, que sigue tan perfecta como siempre (menos mal). Esa maceta fue fruto de

una de las primeras veces que Nora y yo quedamos antes de que empezásemos a salir (sí, quedamos para pintar una maceta). A ella se le ocurrió llenarla de colorines, y por eso su mitad parece un arcoíris sin mucho sentido, mientras que la mía tiene dibujado el atardecer que teníamos sobre nuestras cabezas con el sol cayendo y consumiendo los pocos minutos de luz que nos quedaban. Ese día supe que llenaría la maceta con una planta que durase para siempre, y por eso tengo unos horarios muy estrictos cuando se trata de dar de beber a Pinchito. Nora a veces se los salta, tan pura que se preocupa hasta por el cactus que «necesita más agua porque está empezando a hacer calor». Mientras no lo ahogue, supongo que todo está bien.



—Sabes que nunca le haría daño a Pinchito —susurra acercando sus dedos a los pinchos, como si quisiera acariciarlo—. Ha sido sin querer.

Sonríó, retirándole de la cara un mechón que se le ha soltado durante la batalla.

—Ya lo sé. No pasa nada, no voy a llorar.

Nora baja los hombros y suelta el aire que tenía retenido, aliviada.

—Es que lloraste cuando en *Frozen II*...

—¡NORA!

Nora se tapa la boca y abre mucho los ojos. Nada de *spoilers*, prometido.

—¿Te parece bien que dejemos el parchís para otro día? —propone, y yo me vuelvo lentamente temiendo por el tablero y los daños que haya podido sufrir.

La mayoría de las fichas se han movido de sus casillas, por no hablar de las que han caído al suelo. Los dados están en paradero desconocido, y cuando vuelvo a girarme hacia Nora me encuentro con una sonrisa llena de dientes procedentes de la chica que usó la batalla campal como excusa para no perder *otra vez*.

Niego con la cabeza.

—Eres un caso.

—Ya —responde, con las piernas bailando sentada en una de las sillas—. Me compraste así.

Sonrí y avanzo hasta el sofá, disfrutando de mis cinco últimos minutos sentada antes de empezar a recoger una a una todas las pelotitas que han quedado desperdigadas por el salón. Siempre nos dejamos alguna, y es divertido encontrarlas detrás de los muebles e intentar averiguar de qué batalla son.

—Te compré así y no te cambiaría por nada.

Nora frunce los labios y se acerca, a lo que yo respondo abriendo los brazos para abrazarla, pero se queda quieta en el sitio acariciándose la barbilla.

—¿Ni siquiera por Pinchito?

Trago aire. ¡¿Qué clase de pregunta es esa?!

—¿Me estás haciendo elegir entre mi novia y mi hijo?

Nora ríe y asiente con los ojos pequeñitos acercándose a mis brazos, pero en lugar de dejarse acoger y quedarnos tranquilas unos minutos o unas horas (si se queda dormida), coge posición y empieza a hacerme cosquillas.

De esta batalla sí que no saldré viva.

Pero la elegiría a ella una y mil veces, con todo lo que eso conlleva.

Nora

abrazo frío

El confinamiento puede ser una montaña rusa cuando tienes una cabeza como la mía con un montón de preocupaciones sobrevolando todas tus ideas, decidiendo cuál atacarán primero, qué área es la más vulnerable, donde dolerá más. Qué me hará temblar.

Hay días buenos, días malos y días horribles. Creo que hoy es uno de los horribles, y cualquier historia que me contaron de niña empequeñece hasta hacerse diminuta cuando la comparas con *ella*, cuando te abraza y la notas tan fría contra tu piel al traspasarla, inyectada en tus músculos, paralizándolos, trepando los pulmones y escalando la tráquea, llegando al cuello, donde adopta la forma de soga y amenaza con enredarse alrededor como una serpiente maldita.

Está dentro de mi cabeza, y a veces no sé cómo hacer que pare. En ocasiones lo más sensato es dejarla pasar, tolerarla, que te atravesase y te pisotee hasta que ya no la sientas. Entonces te quedas agotada y desconectas, el mundo ya no es tan ruidoso porque has dejado de escucharlo o estás tan centrada en nimiedades como esa dichosa astilla que sobresale del mueble del televisor o los hilos que conforman el bordado de los bajos de las cortinas que, de repente, se vuelven de lo más interesantes. Lo bueno es que todo alrededor parece estar en calma de nuevo, el tictac del reloj acompaña



a la música del silencio mientras el lejano runrún de la campana de extracción se traga el humo de la sopa que Martina prepara en la cocina.

No es agradable, ni siquiera un poquito, y a veces puedo incluso notar cuándo viene porque pisa fuerte. Otras, solo sé que llama a la puerta y se invita a entrar sin dejar mediar palabra, y en ocasiones aparece a mi lado taladrándome la cabeza de la manera más literal y metafórica posible.

Vivir con ella es... intentar poner en palabras algo que no se puede explicar. La llevo tan dentro que si hubiera encontrado forma de echarla a patadas ya lo habría hecho, créeme, pero a veces no eliges cuándo va a saltar, cuándo va a romper una piñata dentro de tu cabeza y hacer que salte toda la purpurina que escuece en cada rincón de tu mente, incrustándose en los lugares más recónditos. ¿Recuerdas cuando eras pequeña, ibas a una fiesta de cumpleaños y tu madre se llevaba las manos a la cabeza cuando veía que te habían pintado la cara de mariposa y casi parecía que habían vaciado un bote de purpurina en ella? Costaba arrancarla de la piel con la toallita, y todas, y todos, acabábamos con las mejillas enrojecidas de tanto frotar. Pues esto es igual. Ve y busca toda la purpurina, asegúrate de que no queda nada, pero hasta entonces... diviértete espantando la fiesta de tu cabeza.

Luego hay gente que se dedica a recogerla con los dedos, puntito a puntito, gente que cuenta con una escoba y gente que usa una aspiradora. Hay quienes tenemos compañía.

Martina es mi compañera, y me pregunta qué necesito cuando me quedo quieta con la mirada perdida, más ocupada en arreglar el estropicio que tengo dentro que en exteriorizar cualquier atisbo de alegría o tristeza, rabia o enfado, que pueda sentir por cualquier cosa. Porque no lo siento. Solo sé que todo va demasiado rápido y demasiado lento, y ella también es consciente. Me pide permiso para abrazarme; a veces puede hacerlo y otras no.

Hoy no ha podido, me ha traído la manta de patitos, me ha puesto los dibujos animados a un volumen bajo y se ha ido a hacer una cena rápida para que pueda acostarme pronto.

Fuera llueve. Llueve y las gotas empapan el cristal. Los relámpagos se abren paso en la inmensidad de la noche, y los truenos se oyen cinco segundos después. A veces, siete.

Martina sonrío con los labios (me encantaría que sonriese también con los ojos, pero supongo que esta noche no podrá ser) cuando regresa con dos cuencos de sopa de estrellitas de colores. Suelta un suspiro cuando me ve y baja un poco más el volumen de los dibujos animados.

—¿Estás mejor?

—Un poco.

Recuerdo que antes de meterse en la cocina me ha recalcado mi parecido con un burrito envuelta en la manta; fue un intento fallido de hacerme reír, pero ahora se me escapa una sonrisa cansada cuando Martina se sienta a mi lado y me acaricia la mejilla.

—Tienes que comerte la sopa —insiste acercándose el cuenco. Yo arrugo la nariz y doy un sorbo—. Con la cuchara —añade.

Mis manos están calentitas bajo la manta, así que la cuchara tendrá que esperar.

Martina entrecierra los ojos intentando entender la trama de los dibujos y qué tiene que ver un perro amarillo más flexible que el de los Cuatro Fantásticos ahí, con un niño flacucho, su amiga vampira, el chicle rosa y la nube morada con una estrella tatuada en la frente. Pero a mí me encanta.

No tiene mucho sentido, pero fue lo que apareció en la televisión cuando la encendí aquella vez, y el escenario no era muy diferente al de ahora: me faltaba el aire, el mundo era seis veces más ruidoso, los pinchazos se intensificaban en el pecho y en la espalda, y mi cabeza era una bomba que no terminaba de consumir la cuenta atrás, dejando impreso el último segundo con punzón. Era como correr a ninguna parte, tropezándote con el aire, sabiendo que nunca llegarás a caer. Una sensación dolorosa que recorría mis huesos y los dejaba entumecidos.

La princesita del pelo largo y rosa apareció en primer plano cuando pulsé el botón de encendido, y poco a poco fueron presentándose todos los demás. Podría haber sido cualquier otra serie, un programa de televisión, de música o... yo qué sé, *Pocoyó*. Supongo que cada uno tenemos nuestros *coping mechanisms* o herramientas para lidiar, y la mía es esta.

Martina me grabó unos cuantos capítulos cuando se lo conté, y encontramos una página con otros tantos.

Por suerte o por desgracia (más desgracia que suerte, ya te lo digo yo), los episodios se intensificaron durante el confinamiento. Era la incertidumbre sobre lo que iba a pasar, lo que estaba sucediendo y cómo se gestionaría todo. Cómo enfrentarte a lo desconocido, dejar tu vida normal como la conociste un día para meterte de lleno en una película de ciencia ficción al siguiente. Y que nadie te dé respuestas, o que éstas sean tan confusas que decidas dejar de buscar.

He sido una auténtica montaña rusa, y Martina ha estado en cada uno de mis baches, coronando la cima conmigo cuando llegaba, animándome en la falda de la montaña, ¡solo un paso más! Y luego otro, y otro, y otro más.

La miro. Está concentrada atendiendo a los diálogos de los personajes, o a los pocos que puede oír con el volumen a ese nivel.

Me hago con el mando y lo subo, a lo que ella responde deshaciendo el nudo de preocupación que guardaba entre las cejas y metiéndose una cucharada más en la boca.

—Creo que me gusta mucho esa nube morada —dice con la boca llena—. *Lumpy Space Princess*.

—Princesa del Espacio Bultos —aclaro, pero ella niega con la cabeza.

—He buscado información sobre ella en Internet.

Ya... ha buscado inform... Espera, ¿qué?

—¿Has buscado información sobre la Princesa del Espacio Bultos? ¿Por qué?

Martina se encoge de hombros y sonríe, esta vez también con los ojos.

—El otro día, cuando te dije que me parecía más a ella que a la vampira esa... ¿Marceline? Marceline, sí. *Lumpy Space Princess* es el personaje más amorfo que he tenido el honor o la deshonra de conocer, pero es muy curioso.

Asiento a cada palabra que dice con la cabeza dándome tumbos todavía. No me puedo creer que Martina, mi novia, la persona que llama de todo menos bonitos a los dibujos que veo, haya buscado información sobre un personaje porque le ha... ¿gustado?

—¿Y sabes una cosa más? —Le digo que no y suspiro, apoyando la cabeza en su hombro por si así encuentro un nuevo centro de gravedad; creo que el que he usado hasta ahora se ha estropeado y necesito que Martina sea el nuevo durante un ratito—. Creo que tendría cabida en el mural —murmura, pero yo ya estoy demasiado fundida como para sopesar las palabras—. Dibujaré a *Lumpy Space Princess*, y como eres cabezota y *shippeas* a Marceline con el chicle rosa, las dibujaré también sobre un planeta. La vampira tocará el bajo y tendrá una sonrisa dibujada en su carita redonda. El chicle rosa escuchará justo al lado, con los ojos cerrados y la misma sonrisa entre las mejillas más sonrosadas si cabe. Tendrán su propio planeta, como tú tienes tu propia estrella. ¿Te gusta la idea?

Suelto un sonidito cansado y me acurruco entre la manta y ella cuando abre los brazos y me acoge entre ellos, tan cálidos que es casi como tocar el mismísimo sol con los dedos tras una noche fría de tormenta. Todavía huele a lavanda, aunque el olor se ha disuelto como se disuelven las pastillas de acuarela al sumergirlas en agua conforme el reloj marcaba las horas del día, pero es Martina. Sigue siendo Martina.

—Mucho.

—Y tú y yo también tendremos un planeta sobre el que sentarnos. Dibujaré una cesta de picnic galáctica y comeremos galletas con forma de gato estelar, si es que eso existe. Congelaré tu risa y la dejaré ahí plasmada para poder verla cada vez que entre en la habitación, y yo estaré mirándote como siempre hago cuando te dejas ser y un cachito de ti se me queda impreso en la piel.

Martina me acaricia el pelo y lo cepilla con los dedos, traza círculos en mi espalda que de vez en cuando se abren y se convierten en culebras que se ocultan bajo mis omóplatos. Hace rato que no escucho la lluvia, y las voces del niño humano y el perro amarillo mágico se funden con el exhausto tictac del reloj en su monótona y aburrida faena.

—Te quiero porque eres Nora. Y ya lo sabes, pero me apetecía recordártelo. A veces creo que viniste a mi vida para ponerlo todo patas arriba y sellarlo con besos y abrazos, pero luego me doy cuenta de que sigues siendo la misma chica con un miedo terrible a todo lo que no conoce, y no sabes cuánto me gustaría cambiar eso si hace que te sientas mejor.

—Tú siempre haces que me sienta mejor —murmuro—. Lo estás haciendo ahora.

—¿Y es suficiente?

Más que suficiente.

—Sí. Te quiero mucho, que tampoco se te olvide.

Martina suelta una carcajada pequeña y me estrecha todavía más entre sus brazos.

—¿Cuánto?

—Hmmm... Imagínate que recorro toda la casa y llego a la habitación del mural —consigo decir, notando las palabras pesadas en la boca—. Doy la vuelta a la galaxia Nortina dos veces, y me quedo corta. Así de *cuánto*.

Martina suspira.

—Anda, duérmete ya, que has tenido un día duro —susurra, dejando un beso abandonado en mi coronilla—. Y yo también me quedo corta. Daría tres vueltas y me faltaría.



Martina

Como los niños

El mejor momento para ir a comprar al Mercadona es entre las tres y las cinco de la tarde, por eso de que a los españoles nos gusta echar la siesta. A las tres y media y una vez a la semana (suele ser los viernes), me pongo la mascarilla y voy en busca de comida para sobrevivir siete días más a una pandemia.

Al principio era horrible, no veas cómo la gente se abalanzaba sobre la comida, incluso llegó a suceder lo que jamás pensé que sucedería: estantes cerrados, literalmente, con cortinilla y todo, porque no había nada con lo que llenarlos. En las noticias aseguraban que no habría desabastecimiento, pero mientras la gente comprase con egoísmo para llenar el almacén de casa sin dejar comida al resto...

Por suerte, ahora que la situación está más estabilizada (a nivel social, y hablo de los supermercados, la gente ha empezado a asumir que a la pandemia no la seguirá un apocalipsis *zombie*, para desilusión de muchos), podemos volver a llenar la nevera y la despensa con tranquilidad.

Y hoy Nora ha apuntado de más en la lista de la compra.

Lo primero es lo primero: patatas de bolsa. ¿Dónde están las patatas de bolsa? En casa tenemos un pequeño dilema (fácilmente solucionable), porque Nora es más de las *Originales*, y yo de las de jamón. Aunque, si te digo la verdad, eso es lo que dice ella. La última vez que vino Murphy a visitarnos, la pillé con una de las mías.

Llego a la sagrada *Sección de las Patatas de Bolsa* y cojo un par de cada.

Lo siguiente apuntado es fruta. De cualquier tipo, en realidad, así que hago un barrido rápido y cargo con manzanas, plátanos, naranjas, ciruelas y un mango que me mira con cara de «estoy muy rico, cógeme». Lo tengo que coger. Luego... cosas para las ensaladas, y verduras para la sopa.

Algo de carne, algún pescado, pasta y arroz. Ah, y zumo, del de melocotón (aunque veo el de piña al lado y la tentación me puede). Tomate frito, queso, anacardos con miel, leche de avena, huevos, patatas...

La letra de Nora garabatea las últimas palabras de la lista, tan redondita como siempre que hasta es un poco complicado distinguir entre las «o» y las «d», las «n» y las «h». Lo primero que hay en su segunda mitad es cereales de colorines, los que tienen un monstruito bastante gracioso dibujado en la caja comiéndoselos con una cuchara más grande que su cabeza. Si no fuese por la aclaración, habría tardado horrores en encontrar la sección; Nora suele pedir unos de chocolate que salían en los anuncios cada dos por tres hace un tiempo (*¿Chocapic*, puede ser?), o los de avena y copos de maíz con fruta deshidratada.

Suspiro.

Echo de menos tenerla aquí a mi lado, y me pasa todos los viernes desde que empezó la crisis del coronavirus, allá por marzo. Parece tan lejano que la voz de Nora quejándose porque el carro pesa demasiado y le toca llevarlo a ella se confunde con la de los niños pequeños que hacen bailar sus piernecitas en la parte del carro reservado exclusivamente para ellos, aunque son pocos los padres que se atreven a llevarlos consigo a comprar. Algún día, cuando sean mayores y tengan más uso de conciencia, se darán cuenta de que han vivido un hecho histórico y ni siquiera se han enterado.

Saco el móvil del bolsillo, busco su contacto e inicio videollamada, pero después de tres pitiditos me cuelga. Frunzo el ceño. Pruebo a llamarla sin vídeo y me acerco el móvil al oído con toda una sección de cereales desplegada ante mí.

Nora descuelga al segundo pitido.

—¿Mi amor?

—Hola, perdón, es que no podía... no puedo hacer videollamada. —Se oye un ruido extraño, como si arrastrase alguna silla y abriese y cerrase los armarios de la cocina—. ¿Podrás aguantar una hora sin verme la cara?

—Hmmm... sí, si no te ha dado por remodelar la casa. ¿Por qué hay tanto ruido?

Nora ríe al otro lado de la línea, y a mí se me pega un poco en forma de sonrisa.

—Ya lo verás. ¿Cómo vas?

—Bien —respondo de manera automática, y cuando levanto la cabeza me topo de nuevo con la infinidad de cajas de cereales de niños—. Oye, aquí has apuntado... cereales de colorines. ¿Está bien?

—¡Sí! Sí, es que empiezo a aburrirme de los mismos todos los días. Pero cógeme los que quieras, mientras sean de colorines y tenga un monstruo en la caja, todo bien.

Tanteo los cereales del estante de arriba, reservado para los colores más chillones, y cojo unos con forma de aros rosas, verdes, amarillos y naranjas.

—Vale. ¿Y puedo saber por qué has apuntado chocolate? Quiero decir, TRES tabletas de chocolate. Nora, solo somos dos en casa, ¿de verdad hace falta...?

—¡Sí! —me interrumpe—. Es que... esto... me va a venir la regla. Y se me ha antojado.

Ajá.

—¿Y las galletas? ¿Sabes cuántos paquetes de *Tostada* vienen en el paquete grande *inseparable*? —Es importante hacer énfasis en que son inseparables, o te llevas el paquetón que guarda otros tantos más dentro, o no hay galletas. Eso está muy mal pensado.

—¿Cuántos?

—Seis.

Nora repite el número en voz bajita y casi puedo verla asentir al otro lado.

—Sí. Seis son más que suficientes.

Empujo el carro hasta la sección de pastelería y cojo las tres tabletas que ha apuntado, doy un par de pasos más y me hago con las galletas.

—¿Alguna cosita más?



—¡Pizzas! Hace mucho que no comemos pizza, por fa, Martina...

Te apuesto lo que quieras a que, si ahora mismo pudiese verla, estaría sentada en la encimera de la cocina, me miraría con los ojos vidriosos y un puchero en los labios, se pondría bizca y reiría porque yo entornaría los ojos. *Muy consentida*, pero... ¿Quién soy yo para decirle que no a una pizza?

—Déjame adivinar... quieres te lleve una de queso.

—¡*Ding, ding, ding!* ¡Premio! Y tú cogerás la de jamón y queso, ¿a que sí? —Sonríó y suelto aire por la nariz a modo de respuesta, a lo que ella libera una carcajada diminuta que se esfuma cuando se muerde el labio—. ¿Podemos hacerlas hoy para cenar?

—¿Quieres pizza para cenar?

—Claro que quiero.

—Pues entonces no hay más que hablar.

Nora se emociona igualita que un niño con las pequeñas cosas de la vida como pintar una maceta de los colores del arcoíris, tener la ilusión de que algún día adoptaremos a un gato y lo llamaremos Wazowski, o cenar pizza un viernes cualquiera. Una vez me dijo que no era su culpa, que tenía varias asignaturas enfocadas a los niños en la carrera y que empatizaba un montón con ellos. Cualquiera quiere vivir en el mundo de un niño. Nora hizo de su mundo un lugar para niños.

—¿Ya está?

—Chi.

—Tardo el tiempo que me lleve pagar, lo que me cueste llenar el maletero y llegar a casa. ¿Todo bien por ahí?

—Más que bien. Te veo en un ratito.

—Te quiero. ¡Muak!

—¡Yo más! Muakis.

Y cuelga. Si esperabas que tardásemos media vida en colgar con el típico jueguecito «cuelga tú, no, tú, no, cuelga tú, va, no, tú, vale, pero cuelgo, ¿eh? Venga, no puedo, cuelga tú...», eso solo nos pasó dos veces y paramos porque mis hermanos me ponían cara de asco cada vez que hablaba con Nora y los tenía cerca, lo que venía a ser casi siempre. Si no estaba en la facultad o estudiando en casa, me tocaba hacer de canguro, y también eran los ratos libres que tenía para hablar con Nora y preguntarle qué tal le iba todo, cuánto le faltaba para entregar el último trabajo o cuándo podríamos volver a quedar, donde fuese, por

aquel entonces me daba igual si era debajo de un puente con tal de poder verla.

Ahora nos despedimos con besos y una sonrisa tonta asomando entre los labios, aunque esta mascarilla no me deje mandarle uno desde la distancia.

Por suerte, hoy no hay mucha cola para pagar (ventajas de salir después de comer; de verdad, Pruébalo, para esta pandemia o las que tengan que venir, y recuerda no acabar con el papel higiénico... No, no está justificado para las batallas de bolitas de papel).

Cuando salgo del Mercadona y vacío la compra en el coche, dejo el carrito con sus amigos en fila (ahora ya no llevan moneda, me chocó muchísimo la primera vez), y me dispongo a volver a casa.

Jamás pensé que un pisito como aquel fuera algo a lo que pudiese llamar «hogar», pero lo hago cada día y me siento orgullosa de ello cuando veo todos esos cuadros colgados, los míos y los que improvisó Nora, el mural de la pared a medio hacer, las sábanas de florecitas que cubren el colchón, las voces de los dibujitos animados prácticamente encendidos todo el día en la televisión, y la risa de la persona que más feliz me hace rebotando en las habitaciones y en el pasillo, viéndola amanecer con el sol asomándose perezoso entre los edificios de enfrente.

Si Nora no se apaga, yo tampoco tengo razones para hacerlo.

Y si se apagase, buscaría el remedio para volver a encenderla.

Y si no hay remedio, le daría un poco de mi luz.

Y si me quedo sin luz... buscaríamos un poco de toda esa almacenada en los recovecos y en las esquinas, en las ventanas y en las motas de polvo sin limpiar de los estantes más altos.

Aunque no es algo que tenga que pasar.

Al menos, no hoy.

Nora

bienvenidas a mi ted talk

Hoy ha sucedido algo inédito: cuando Martina ha aparecido por la puerta de la cocina con un bostezo dibujado en la boca y los ojos cansados, yo ya estaba desayunando. Creo que se le ha quitado el sueño de repente (o quizá pensaba seguir soñando) en cuanto me ha visto ahí sentada, con el bol de cereales a medio terminar y una sonrisa partiéndome la cara en dos, los ojos abiertos y la ropa de estar por casa en vez de mi pijama de unicornios.

Se ha quedado ahí medio minuto sin decir nada, y luego ha avanzado con pasos lentos hacia la encimera para prepararse el desayuno. Pero ya lo tenía sobre la mesa.

—Nora... ¿Qué...?

—¡Buenos días! —exclamé, me levanté y la achuché, llenándole la cara de besitos ruidosos antes de dejar uno largo en sus labios—. Venga, a desayunar, que te he calentado la leche y no querrás que se enfríe.

Martina pestañeaba como si quisiera asegurarse de que todo eso era real, y se habría pellizcado si se hubiese acordado de que eso era lo que hacían los protagonistas en los libros y en las pelis.

Yo recogí mi desayuno y me fui de la cocina dando saltitos a lo Heidi a esperar. Cuando Martina hubo acabado, pasó por el salón y me vio ahí con los dibujos animados, negó con la cabeza y se dirigió a su habitación

de pintura. Pero aquella vez le asomó una pequeña sonrisa antes de hablar por el pasillo:

—¡Cuando quieras me explicas a qué se debe esta novedad!

Yo reí por respuesta.

La verdad es que odio madrugar, está en mis genes y marca mi personalidad; todas y cada una de mis células odian con todas sus mitocondrias, centrosomas y vacuolas madrugar, pero hoy era un día especial. Hoy es un día especial.

Cuando Martina cerró la puerta de su habitación de pintura, tuve vía libre y algo dentro de mí se disparó durante el tiempo que tardé en llegar a la cocina, abrir la conversación de *WhatsApp* con Vega, la madre de Martina, y sacar los ingredientes.

Ahora entiendo cuando me dijo por teléfono que un paquete entero de galletas *Tostada* era demasiado, ¡pero es que no se me ocurría nada más! Viendo la receta, supongo que podría haber utilizado cualquier tipo de galleta (*María*, quizá; habría sido lo más fácil y lógico). Pero Vega dijo *Tostada*, y yo apunté *Tostada*.

También están las tres tabletas de chocolate, pero solo voy a echar dos. Un poco de verdad sí había en lo que le dije: se me está antojando un montón el chocolate últimamente, y ya que estaba... una más no iba a hacer daño a nadie.

Entonces me faltan los huevos, el azúcar, la mantequilla y la natilla que ya tengo haciéndose a fuego lento.

Martina es la que suele cocinar todo lo que comemos y cenamos, sí, pero cuando se trata de repostería, soy yo la que se encarga. Además... esto es una sorpresa y no hace falta que ella se entere (ya me las apañaré luego para guardarla en la nevera, porque si no la oculto con otras cosas, la va a pillar en cuanto la abra).

La tarta de chocolate y galletas es la favorita del mundo mundial de Martina desde siempre, y su madre se la hacía todos los cumpleaños como regalo especial. Claro que, como a todos, el coronabicho ha frustrado los planes de cumple perfecto de mi novia, pero yo no quería que la tradición decayese. Vega me ha asegurado una y mil veces por teléfono que es una de las recetas más fáciles, y que si sigo los pasos al dedillo no tiene por qué salir mal. De hecho, lo más difícil es hacer las natillas.

Madre mía, Martina se va a morir de amor cuando se levante mañana y vea...

Mi móvil vibra y me peleo con la clara del huevo antes de desbloquearlo. Una foto de Vega con el pulgar hacia arriba en señal de apoyo. Estoy a

puntito de mandarle otra igual, pero entre que la cocina está hecha un asco y tengo los ojos en mil escenarios antes que en el de la foto (batir las claras a punto de nieve, dejar las natillas enfriar y que se espesen, derretir el chocolate y que no se queme, medir las cantidades de azúcar y mantequilla, verter leche sobre un plato para mojar las galletas...), me lo pienso dos veces y decido mandarle el *emoji*. Y un *Sticker*. Unos pajaritos amarillos muy monos gritando «AAAAAA», porque es una representación muy acertada de cómo me siento ahora mismo.

Sé lo que estaréis pensando: Nora, pero si has dicho que de la repostería te encargas tú siempre, ¿cómo estás nerviosa con esta tarta si parece facilísima? Pues veréis, os lo explico: es una tarta *especial* para el cumpleaños de mi *novia*, que es *mañana* y no quiero *cagarla*. Aunque quizá tengáis razón y agobiarse tanto sea contraproducente, pero yo no elijo cómo funciona la química de mi cerebro (y creedme, ya me gustaría).

Vuelvo a centrarme en mi ardua tarea de preparar la mejor tarta de este universo y del universo Nortina, y si ignoramos que un par de galletas han salido malheridas al mojarlas en leche (pero bien aprovechadas, según mi estómago), no va a ser tan difícil. Ya casi he acabado, no he quemado la cocina, huele bien y parece que tiene buena pinta. Todo son puntos a favor, ¿no?

A falta de molde, he cogido uno de los barreños rectangulares del horno y he puesto la primera base de galletas para cubrirla después con el chocolate que ha resultado de la mezcla de todos los ingredientes. Luego otra capa de galletas, otra de chocolate... y así hasta que me quedo sin y dejo una última capa más generosa de chocolate en la parte de arriba. Esto parece un auténtico castillo riquísimo en el que voy a estar pensando hasta mañana que pueda probar bocado, pero todavía falta lo más importante: los dibujitos de encima, los adornos.

Y para ello necesitamos una manga pastelera.

Pero no tenemos manga pastelera.

En realidad, no pasa nada. Es tan sencillo como coger una bolsa de plástico, de esas pequeñas, y hacer un mini corte en una de las esquinas para abrir un mini agujero. Metes la *sustancia* (yo he usado un poco de la tableta de chocolate que me he guardado, que es más oscuro que la mezcla y seguro que queda genial), ¡y a dibujar!

Escribo un «Feliz cumple» en el centro y a uno de los lados dibujo a Murphy como buenamente puedo (Martina es la artista de las dos, yo solo sé hacer una cabeza no muy proporcionada con patas y una sonrisa un poco extraña), y un cono de esos que tiran confeti al otro lado.



Dejo caer puntitos en los bordes, saco la nata de la nevera e intento que me quede como en las pastelerías.

Empiezo a conseguirlo al cuarto montón, pero no pasa nada.

Lo importante es que sea bonita por dentro (habrá que consolarse con eso).

Ahora queda lo más importante: la firma. Martina firma todos sus dibujos, y yo los considero obras de arte tanto como esta tarta, de la que estoy más que orgullosa. Así que rebañamos lo que queda de chocolate en nuestra bolsa (manga pastelera) y escribimos una «N». Bueno, yo escribo una «N».

Ya está preciosa, solo necesita quedarse en la nevera un día y se podrá comer, pero antes hay que hacerle hueco, y teniendo en cuenta que Martina fue a comprar hace nada...

Abro la nevera, que está llena de bandejas de fruta, yogures, briks de leche, tomate, zumo, carne, pescado, verduras... Consigo echar a un lado la media sandía que tenemos en la balda de arriba, y oculto la tarta tras ella hasta que ya no me llegan las manos para empujarla ni los pies de puntillas para alcanzarla. Mañana tendremos que hacer malabares para sacarla de ahí, o quizá buscar una escalera o un taburete.

Y ya estaría.

Gracias por venir a mi TED *talk* sobre cómo hacer una tarta de chocolate y galletas de urgencia para el cumpleaños de vuestras novias.

Cojo aire y lo retengo en mis pulmones un ratito, cierro los ojos y sonrío. Cuando los abro, me encuentro con una cocina desastrosa. Si mi madre estuviera aquí, me habría tirado de las orejas y ni siquiera se lo habría pensado dos veces. Ahora toca la parte más divertida (no, os estoy engañando, huid): limpiar. Limpiar entra en mi *TOP* de cosas más aburridas del mundo, pero si no lo hacemos viviremos en una pocilga, y tampoco queremos eso (creo, supongo, espero).

Voy a mandarle un mensaje a Vega diciéndole que todo ha salido de maravilla, y ahora sí me atrevería a mandarle una foto de vuelta para que sepa que sigo viva y no he muerto en el intento, pero me empiezan a llegar mensajes de Martina.

«Noriti»

«¿Qué estás haciendo en la cocina?»

«Te oigo hasta con los cascos puestos»

«¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya?»

«Si estás improvisando algo porque te aburres, déjame recordarte que la última vez NO SALIÓ BIEN»

(Aunque tampoco salió tan desastrosamente... solo quemé una sartén y casi derretí una espátula, nada que no le haya pasado a cualquiera).

«Estoy en la habitación si necesitas cualquier cosa»

«Pintando tu galaxia»

«Nortina»

«¿Recuerdas?»

«Está quedando preciosa, y la muñequita que se parece a ti sonríe un montón»

«Creo que la Martina del dibujo también está enamorada de la Nora del dibujo»

«Aunque es perfectamente normal y entendible»

«¿Sigues ahí?»

«¿Ahora estás limpiando?»

«Bae... de verdad, ¿quieres que vaya?»

Llego justo a tiempo para decirle que no, que está todo bajo control, que solo estaba intentando hacer unos batidos de fruta con hielo para probarlos porque los había visto en un tutorial de *YouTube* y parecían ricos de verdad. Pero cuando me pregunta si puede probarlos... vuelvo a decirle que no, que ya me los he bebido y que no sé si volveré a hacerlos. Sabían raro.

Suspiro.

Ha faltado muy poquito, pero ya está.

Voy a terminar de ordenar los cacharros de la cocina, eliminar cualquier prueba del crimen y a quedarme en el sofá lo que queda de mañana viendo los dibujos animados hasta que Martina salga de su habitación y se una un ratito, acurrucada contra mí, y me haga mil preguntas como cada día que se interesa más y más sobre esos monigotes rosas y grises, morados y amarillos, que tan raros se le antojan.

Me encanta tenerla cerca, cuando sus rizos me hacen cosquillas en la mejilla y se pone el jersey suave (aunque habrá que empezar a despedirse de él porque va a llegar el calor), me mira pensando que no me doy cuenta y me besa cuando me giro hacia ella, y sonrío.

El confinamiento está siendo difícil para todos, pero ella, de alguna manera, hace que sea un poquito más fácil. Espanta a los monstruos y cierra la puerta para que no puedan volver a entrar, se queda conmigo para ahuyentar los miedos y me abraza.

Tengo tanta suerte de tenerla que a veces no me lo creo y me quedo mirándola embobada como si fuese la estrella más brillante del firmamento. Puede que sea la estrella más brillante del firmamento.

Al menos, es la estrella más brillante de *mi* firmamento.

Martina

fiestas de cumpleaños

Las mosquitas revolotean a mi alrededor y el zumbido no me deja pensar con claridad, las hormigas trepan hasta mis mejillas y cruzan de la una a la otra por el puente de la nariz. La voz de una niña se oye a lo lejos, coronada por las risas cada vez que arrugo los ojos para evitar que las hormigas entren... y sabe mi nombre. Lo repite una y otra vez como una grabadora escacharrada.

Abro los ojos.

No, no era una niña, sino Nora, y tampoco hay bichos molestos a mi alrededor, solo los mechones de su pelo cayendo sobre mi cara mientras dice mi nombre y da suaves toquecitos en mi hombro para despertarme. Cojo aire y me doy la vuelta en la cama, pegándome a la pared, y me cubro con la sábana hasta la cabeza.

—Martina...

Anoche, a la Bella Durmiente aquí presente le pareció muy buena idea soñar con el océano o algo que se le pareciese, el mar, quizá, con pulpos y estrellas de mar. Nora acaparó la cama y casi caigo al suelo, como una croqueta, en más de una ocasión.

El sol ya asoma por la ventana y ella se acerca todavía más, trazando círculos en mis mejillas.

—Martinititi... Es hora de despertar.

Sonrí acurrucada en la almohada, protegiéndome de todos esos mechones rebeldes que interrumpen la paz de mi sueño cuando Nora me destapa, pero ya estoy despierta.

—¿Qué hora es? —pregunto con un hilo de voz, todo lo que me sale con las cuerdas dormidas.

—Las nueve de la mañana, señorita.

¿Las nueve de la mañana?

—¿Qué haces despierta a las nueve de la mañana? —Me vuelvo todo lo rápido que puedo y rozo su frente con las yemas de mis dedos antes de que le dé tiempo a apartarse—. ¿Tienes fiebre? ¿Te encuentras mal?

Nora ríe, pero yo no le encuentro la gracia. Me incorporo y me froto los ojos para intentar despegar un poco de todo ese cansancio mañanero, o por lo menos bajar la hinchazón habitual.

—¡No! Estoy perfectamente.

Empiezo a estirarme como lo haría Wazowski si ya lo hubiésemos adoptado, y Nora se queda abrazada a mi cuello como un koala para dejar plantado un beso largo y ruidoso en mi mejilla después. A mí se me escapa una sonrisa, y a Nora se le dibuja su gemela entre las comisuras.

—¿Y qué haces despierta tan temprano?

—Necesitaba tiempo para preparar unas cosas y no sabía a qué hora te ibas a levantar, así que... me he despertado bastante pronto.

La miro entre mis pestañas, con esos ojos tan grandes y profundos que albergan todas las estrellitas del universo, las mejillas cubiertas de rubor y los labios todavía curvados en una sonrisa.

—¿Y qué es eso que tenías que preparar?

Nora dibuja una «O» enorme con su boca y me zarandea por los hombros.

—¡No me creo que no te acuerdes! Vamos Martina, ¡despierta de una vez!

—¡Estoy despierta, zopenca! Pero dime qué es.

—Tendrás que adivinarlo.

—No me gusta ese juego.

—Empieza por la letrita *Fi*.

Enarco una ceja. A Nora se le da de pena este juego, creo que nunca nadie le explicó la diferencia entre una letra y una sílaba.

—¿De verdad? ¿Has comprado un ficus? Qué detalle tan bonito por tu parte, pero Pinchito no necesitaba...

—¡No!

Por mucho que lo intento no consigo retener la carcajada que acaba rebotando en las paredes de la habitación, pero a Nora no le ha hecho tanta gracia. Tiene las cejas inclinadas hacia arriba y un puchero en los labios que deshago con los dedos, estirando las comisuras en un intento de sonrisa que se va al garete en cuanto dejo caer las manos.

Suelta el aire de sus pulmones y baja los hombros con un saco de paciencia derramado en la pupila y media sonrisa hundiéndosele en la mejilla.

—No es un ficus —empieza a explicar con voz calmada—. Es una fiesta. Fi-es-ta. —Entrecierro los ojos. Es complicado no decirle que ha separado mal la palabra, que también debió de faltar a clase el día que explicaron los diptongos—. ¡Feliz cumple, mi amor!

Cumple.

Feliz cumple.

Pestañeo.

Nora se muerde el labio inferior y yo me pongo en pie todo lo rápido que puedo, dejando caer el lateral de la sábana al suelo.

—¿Para mí?

—¡Para ti! Vamos, no hay más Martinitis que cumplan años hoy.

—Deja de llamarme Martiniti, Noriti.

Pero hoy no tengo tiempo para esta conversación, el cansancio se evapora de mi cuerpo, salgo escopetada hacia el pasillo todavía con el pijama de los *Minion* puesto, y llego al salón. Ahora entiendo lo que Nora quería decir.

Hay globos en cada esquina de diferentes colores, algunos incluso tienen lunares, o estrellas, o corazones, o caritas sonrientes, o planetas dibujados en ellos. En una de las paredes, encima de la televisión, hay una cinta que engancha banderines con una letra en cada uno. «Feliz Cumpleaños», se lee en conjunto. En el centro hay una mesa con todo



tipo de guarrerías poco aconsejables para desayunar: patatas de bolsa, *Cheetos*, *Gusanitos*, cruasanes, batidos de chocolate, zumo... y una tarta sin desmoldar en un barreño de horno con muchas velas repartidas a lo largo y ancho (no, no voy a decirte cuántas son). En un lateral hay un portátil con la pestaña del Skype abierta, y un par de matasuegras a cada lado.

Nora me coloca un cono de cartón rosa en la cabeza con la goma debajo de la barbilla, y cuando me giro para mirarla veo que ella lleva otro igual de color azul.

No sé qué decirle. Debería poder decir algo. Se merece que le diga algo. Pero si abro la boca, aunque sea para soltar una «a», sé que me pondré a llorar.

—Puedes entrar —murmura, y es que tampoco puedo moverme.

Nora se adelanta y coge mis manos, haciéndome caminar poco a poco, paso a paso, separa una silla de la mesa y me siento. Ella hace lo mismo a mi lado, cogiendo una patata del bol y llevándosela a la boca. Ya estaba tardando demasiado.

Cojo uno de los cruasanes y solo entonces me doy cuenta de lo mucho que me ruge el estómago. Nora parece muy feliz a mi lado mientras teclea algo en el ordenador y acerca su silla a la mía, colocando el portátil entre ambas.

—No podían venir —dice. Lleno mis pulmones de aire cuando veo el nombre de mi madre en la pantalla, y aprieto su mano por debajo de la mesa—. Los gemelos también han madrugado para verte.

Mis hermanitos, Gael y Noah, gritan al otro lado con la carita a reventar de emoción en cuanto la cámara nos enfoca y nos ven, y yo los veo a ellos. Mamá también está ahí, y papá, que no cabe en el plano y asoma media cabeza por uno de los lados en el espacio que Noah le deja.

—¡Feliz cumple, Martina! —dicen todos a coro menos Gael, que no ha perdonado su tradición y me ha llamado sardina.

—¡Hola, renacuajos!

El renacuajo número uno saca la lengua, y el número dos se estira de los mofletes en una mueca extraña, igualito a Nora. No sé de quién habrá tomado ejemplo.

—¡Mira, Nora! —la llama Noah, y ella finge sorpresa cuando le ve imitar uno de los caretos que pone delante del espejo en su rutina mañanera.

Mi madre chasquea la lengua y suelta su retahíla habitual: se alegra de vernos pero nos echa mucho, muchísimo de menos, a ver si vamos a

visitarlos pronto cuando podamos viajar entre provincias, los gemelos están bien, ellos también, la abuela estupendamente, y el primito recién nacido se pasa el día durmiendo. Empieza a cantar las nuevas de la familia como si no me las supiera de memoria, y mi padre intenta controlar a Gael y a Noah para que dejen dos segundos de paz y podamos oír sin grititos de por medio.

Yo también he echado de menos sus riñas.

El resto transcurre con normalidad: los gemelos se cansan de estar sentados y se van a jugar, papá puede entrar cómodamente en el plano y ambos sonríen mientras les explicamos todo lo que hacemos durante el día, que no es muy diferente a lo que pueden hacer ellos. La diferencia es que nosotras no tenemos dos diablillos en casa.

Nora empieza a contarle a mi madre lo difícil que pareció la receta de la tarta al principio, pero que enseguida cogió al toro por los cuernos y le salió el postre (o desayuno) más rico del mundo mundial. Lo hizo para no romper la tradición de mi familia desde que tengo ocho años, y yo no puedo hacer otra cosa que achucharla. A mi madre le gustó la foto que le mandó una vez hubo acabado, aunque señala que tenía chocolate en la nariz y que los gemelos se lo habían pasado pipa cantando que Nora era un payaso durante lo que quedaba de tarde.

Todo va bien, no hay nada más que podamos pedir. La conversación se va ralentizando y mis hermanos demandan atención, así que mis padres no tienen más remedio que despedirse entre las risas de los gemelos y cortar la llamada.

Durante una vuelta de reloj nos quedamos en silencio mirando a la pantalla. Todavía tengo el aire retenido. Nora bailotea a mi lado sin apartar la mirada del desayuno desplegado a lo largo de la mesa.

—Es el cumpleaños más raro del mundo —consigo articular.

Nora me envuelve entre sus brazos y deja un beso en la comisura de mis labios, quedándose apoyada en mi hombro una vuelta de reloj más... hasta que le rugen las tripas.

Me río.

—¿Qué tienes ahí? ¿Un león?

—Te recuerdo que llevaba, como poco, una hora despierta cuando te has despertado tú. Y no he desayunado porque te estaba esperando.

La estrecho un poquito más antes de que se abalance sobre el bol de patatas y el de Gusanitos, porque en cuanto dejas que Nora tenga vía libre, arrasa con todo y no deja ni las migajas. Yo voy a por mi segundo cruasán después de llenarme la taza de chocolate caliente, y al dar

un sorbo se me queda marcado el bigote. Nora ríe y aprovecha para limpiarme con los dedos y chuparlos. Esta chica tiene un morro que se lo pisa, nunca se coge una taza de chocolate para ella sola pero sí me roba cuando le apetece o decide que no me la voy a acabar porque es demasiado y se me saldrá por las orejas.

Nora saca un mechero del cajón y va encendiendo las velas una por una, canta el cumpleaños feliz más solitario que he oído en mi vida, y las soplo. También aplaude y vitorea. *Es mi personita.*

—Oye, si haces una tarta todas las semanas tampoco me voy a quejar —le informo, porque esas cosas hay que decirlas, cuando ya me he comido la mitad de mi trozo—. Solo para que lo sepas.

Nora no lleva ni un tercio, pero me mira más feliz que una perdiz como una mami orgullosa por su tarta.

—No sé si a Vega le parecerá buena idea.

—Es mi madre, no tiene por qué enterarse de todo —apunto mientras me limpio los dedos.

—Bueno, teniendo en cuenta que he hecho tarta para un regimiento y solo somos dos... creo que una semana nos durará. Espero. Ya improvisamos después.

Asiento, yendo a por el segundo trozo.

—¿Y puedo saber de dónde has sacado todo esto?

Nora se ruboriza y se mordisqueea el labio, paseando la mirada por toda la estancia. Los globos ni se han comprado ni hinchado solos, los banderines no se han colgado por arte de magia, y yo no recuerdo haber comprado este desayuno en ninguna de mis visitas semanales al Mercadona que llevo haciendo desde que estamos confinadas.

—Si te soy sincera, no tenía mucha fe en que los globos no fueran a explotarme en la cara, porque tienen sus años. Y la comida... bueno...

Es fácil saber cuándo Nora oculta o le da vergüenza decir algo: empieza a jugar con un mechón de su pelo y te esquivo la mirada, como si aquello no fuese con ella.

—Ha venido Gemma, ¿a que sí?

—Puede que... cuando tú estabas en el Mercadona el otro día... le pidiese que me trajese todo esto para hoy.

Gemma es algo así como la mejorcísima amiguísima de Nora desde Infantil, aunque ninguna de las dos recuerda cómo se conocieron. Es una chica muy maja, y siempre que se une a un plan acabamos por los

suelos de la risa con sus ocurrencias. Pero lo más importante es que a Nora le hace feliz, la entiende y está ahí para ella cuando la necesita. No son muchos los que suelen quedarse en el camino, pero Gemma estuvo desde la primera piedra hasta la última que se encontró, y Nora hace lo mismo con ella. Cuando están juntas, sobra todo lo demás (yo incluida, para qué negarlo, me quedo mirándolas desde la distancia viendo cómo se ponen al día de todo, cómo mantienen las costumbres, cómo ríen y se abrazan y se miran y no necesitan más para entenderse). Gemma también es la compañera de fechorías de Nora, y como no podía ser de otra manera, están detrás de todo esto.

No me extrañaría nada encontrarme veinte mensajes de ella por la tarde preguntando qué tal estaba el desayuno y si le habíamos guardado un trozo de tarta para cuando pudiéramos vernos.

Pero si quiere una como la que ha hecho Nora, mucho me temo que tendrá que esperar a que sea su cumple o a que ocurra algo especial que lo merezca.

—Ni en cuarentena se os puede dejar solas.

Nora ensancha su sonrisa y se sienta en mis muslos, pasándome un brazo por los hombros.

—¿Pero a que te ha gustado? —pregunta con la boca pequeñita.

Yo solo pienso en comérmela a besos chiquititos.

—Mucho —concedo, y le doy toques con la nariz en la mejilla—. El mejor ficus de cumpleaños de la historia.

Nora frunce el ceño y revisa la mesa con la mirada, las paredes y cada centímetro cuadrado del salón.

—Martina, por si todavía no te habías enterado: no hay ficus.

—Ya lo sé, tontaina. Me refería a la fiesta. Letrita que empieza por *Fi*... ¿recuerdas?

Una bombilla sobrevuela su cabeza cuando hincha los mofletes, y yo los lleno de besos.

—Pero antes has dicho que era el cumple más raro del mundo.

—Y lo es. Pero también es el mejor *FICUS* de cumpleaños de la historia. ¿Lo entiendes ahora?

Nora relaja la expresión y sonríe poco a poco dejándose abrazar, apoyando la cabeza en el hueco de mi cuello, cerrando sus manos sobre las mías alrededor de su cintura. Me parece que hoy va a ser día de descanso, de peli y de comida basura. Las dos lo necesitamos, y también

lo merecemos. No todos los días puedes decir que estás sobreviviendo a una pandemia, aunque mantenerla a raya sea tan fácil como quedarte en casa. Créeme, hay gente que a estas alturas sigue sin pillarlo.

Con nuestros más y nuestros menos, vamos construyendo este castillo de naipes protegiéndolo del viento y la tormenta, de los llantos y las risas escandalosas que retienen estas cuatro paredes que ahora, más que nunca, cobran el significado de la palabra hogar.

Nora también es mi hogar.

—No sé si has visto entrar a Murphy por la ventana, pero... mira qué pocas patatas de bolsa quedan.

Levanto la mirada al bol sobre la mesa y la zarandeo un poco hasta que ríe, su sien contra mi mejilla, sus dedos enredándose con los míos.

—Ya... Solo por casualidad, si te beso ahora, ¿sabrás a Nora o a patata y sal?

Nora diluye sus carcajadas y levanta la cabeza con los ojos pequeños engullidos por las mejillas salpicadas por todas esas pequitas que veo cuando la tengo muy cerca.

—Puedes comprobarlo, si quieres.

Todo lo que la palabra «hogar» puede abarcar, lo tiene ella.



Nora

Tú más, yo más

Espero que no te hubieses acostumbrado a la Nora madrugadora, porque se extinguió en cuanto se tiró en el sofá la tarde del cumpleaños de Martina. Cayó rendida cual Bella Durmiente y no se despertó ni con el ruido de los coches ni con la película que puso Martina después de comer. Fue *Los Miserables*, y no, tampoco la oí cantar.

La Nora de siempre se ha levantado esta mañana a las diez y media (aún me parece pronto) con los ojos hinchados y las mejillas coloradas por el calor, ha seguido al pie de la letra su rutina mañanera y se ha asustado con las ojeras que resaltaban sus ojos cuando se ha mirado en el espejo.

He esbozado la mueca más fea de todas, y no porque haya intentado una nueva: mi cara daba tanto miedo por sí sola que no me ha hecho falta esforzarme mucho. Martina había pegado un *post-it* en el marco del espejo con las palabras «*U pretty, lou u*» escritas en él. Una «M» pequeña lo firmaba.

Ahora estoy desayunando un bol de cereales de maíz con leche sentada frente a la chica que me ha llamado guapa con este careto. Si alguna vez os topáis con alguien que os haga eso, casaos de inmediato; ya pensaréis en las consecuencias después. Yo me casé con Martina el primer amanecer; ella improvisó un anillo con un clip moldeado y una sortija de plástico con forma de estrella.

—¿Has dormido bien? —pregunta, pero estoy demasiado ocupada masticando la tostada como para responder. Suelto un sonidito a libre

interpretación y me froto los ojos—. Si es que... cuando te hicieron se les debió de caer la botella entera de «dormilona» en el potingue.

—No está en mis genes —explico.

Martina ladea la cabeza con una sonrisa, apoyada sobre las manos.

—No, en serio. —Trago la tostada, doy un par de vueltas con la cuchara al tazón y continúo—: Cuando era pequeña, llegaba tarde a clase porque a mi padre no le gustaba madrugar. Mi madre convenció a su jefe para que la dejase *ticar* más tarde en su trabajo porque le resultaba imposible llegar antes, y no rendía. —Me encojo de hombros—. Así he salido yo. A mí que no me miren, no tengo la culpa.

—Solo sigues la tradición familiar —completa Martina, mordiéndose el labio.

—Exacto.

Le doy otro mordisco a la tostada bajo la atenta mirada de Martina. Ella se ha despertado pronto, como siempre, se ha duchado, ha cambiado su pijama de los *Teletubbies* por su ropa de artista, y huele a lavanda desde aquí. Ha debido de cambiar el champú, aunque no sabría decirte cuál me gusta más. Se ha pintado la sombra del ojo clarita dorada y rosa, con matices claros y oscuros marcando la superficie del párpado, el *eyeline* le afirma la mirada y las pestañas dibujan sombras sobre sus mejillas cuando parpadea. Lleva los labios pintados de carmín, como viene siendo costumbre, y cubren su sonrisa perfilada.

Aparto la mirada y le doy un sorbo al tazón, pero ella ríe.

—¿Ese era el examen matutino? ¿Lo he aprobado?

Me veo en la obligación de terminar el bol para tener algo más de margen y una buena frase con la que responder a eso. Ahora, los copos de maíz se han quedado blandos al fondo.

—Es que me encanta cómo te pintas —admito, pero no la miro—. Estás muy guapa. Siempre estás muy guapa. Eres muy guapa.

A mí se me da fatal maquillarme, y las pocas veces que Martina lo ha hecho por mí me he sentido como un hada, una princesa, una ninfa, una sirena con las escamas plateadas resplandecientes bajo la luz del atardecer. Todo lo que toca lo hace magia, y aquel día quise irme a dormir sin desmaquillar. Martina me lo prohibió tajantemente, y yo obedecí a regañadientes observando con la pena propia de un hada traicionada cómo el maquillaje se iba conforme pasaba la toallita por mi piel.

Ella me aseguró que era lo mejor, a no ser que quisiera las sábanas manchadas y mis ojos de mapache saludándome en el espejo a la mañana siguiente.

—¿Y eso me lo dices tú? —rebate, echando la silla hacia atrás en un intento de parecer sorprendida.

Asiento como si fuese lo más natural del mundo.

—Te lo digo yo. ¡¿Tú me has visto la cara?! No sé cómo soportas verla todas las mañanas.

—Pues perdona que te diga, pero no quiero despertarme si no voy a verla por las mañanas. Encontrarte a mi lado es empezar bien el día, y estás adorable cuando duermes.

—Cuando duermo —apunto, con una sonrisa pequeñita entre las comisuras.

—Y cuando despiertas. Eres preciosa, Nora, acepta el cumplido.

Me pongo en pie y llevo el tazón al fregadero, las migajas de la tostada se las come la basura y empiezo a frotar con el estropajo hasta que aquello está como los chorros del oro. Pero sé que Martina todavía tiene la mirada clavada en mí esperando pacientemente a que me dé la vuelta y me cruce de brazos, así que lo hago. Me doy la vuelta y me cruzo de brazos, Martina enarca una ceja y empieza a reír.

—¿De verdad me estás haciendo esto? ¿Otra vez?

—Es que eres preciosa, Martina, ir por ahí con esa cara debería de ser ilegal.

No me cabe la menor duda de que si hubiese bebido agua, o café, o estuviese masticando un trozo de cruasán en este momento, lo habría escupido al tragarse la carcajada.

—Nora, cariño, escucha muy atentamente lo que te voy a decir: eres la chica más guapa de España.

—Discrepo. ¿Qué se siente al ser *Miss Universo*?

Martina desuía la mirada y casi puedo oír cómo piensa. Esto nos pasa una media de dos veces a la semana, pero esta llevábamos retraso y por eso le estamos poniendo remedio ahora.

—Nora, no se me ocurre cómo competir con eso.

Alzo la cabeza con aires de suficiencia y sonrío. Martina tamborilea los dedos sobre la mesa todavía sentada en la silla con las mejillas encendidas, así que puedo quedarme un ratito más observando cómo *Miss Universo*

desempolva los engranajes de su cerebro para hacerlos funcionar.

—Admite que he ganado. Te quedas con los cumplidos.

Martina se levanta de un salto y me deshace el enredo de brazos que tengo ante el pecho; coge mis manos para hacerme avanzar un poco y me mira como quien mira a un pozo sin fondo, quizá buscando algo que se le ha caído y sabe que no va a recuperar.



—No has ganado —murmura, con la sonrisilla escapándosele cada vez que abre la boca—. ¿Y sabes por qué? Porque esto —continúa, dándose un par de toques en la cabeza—, no puedes cambiarlo con unas palabras. No voy a dejar que lo cambies con unas palabras. Y yo seguiré pensando que eres preciosa, aunque creas que te levantas con cara ogro todas las mañanas.

—Es que un poco ogro sí que soy.

—Entonces eres la ogra más bonita que he visto en mi vida, ¡sorpresa!

Martina sonrío sabiendo que ha ganado algunos puntos, y cierra los brazos en forma de canasta para que yo me coloque entre ellos, como un abrazo a medio hacer que no está completo hasta que la otra persona decide ser la última pieza.

—¿Lo dejamos en tablas? —sugiere.

—¡Siempre dejamos todo en tablas!

Martina se encoge de hombros y me achucha, balanceándonos de un lado a otro.

—Porque yo no quiero que tú pierdas, y tú nunca consigues ganar.

Frunzo el ceño e hincho las mejillas, separándome un poco para poder tenerla frente a frente con mi nueva cara de pez globo incorporada.

—¿Cómo que nunca consigo ganar?

Martina enseña los dientes al sonreír, da un toque a mi nariz como si fuese una campanita o un cascabel, y suspira. Siempre suspirando.

—Pasarán cincuenta años, yo te seguiré viendo preciosa y tú me harás un examen todas las mañanas de sobresaliente. Además —añade, separándose de mí y tirando de mi brazo—, tú sigues siendo la hermosa reina de una galaxia llamada Nortina.

Nortina.

Martina me guía por toda la casa hasta que llegamos a su habitación de artista. La puerta está cerrada, y las tarjetas y postales horteras con purpurina a más no poder relucen bajo la luz que se cuela por la ventana de la habitación de enfrente. El olor a pintura acrílica se escapa por la rendija, y cuando coloco una mano en la manivela la noto fría. Martina la cubre con la suya y empuja hacia abajo, dejando que la música bajita que se ha quedado puesta inunde la estancia y parte del pasillo.

Pongo un pie dentro y me quedo tan quieta que cuando entra Martina me tiene que mover un poquito hacia un lado para poder caber. Pestañeo una, dos, tres, infinidades de veces, y me cubro la boca con las manos cuando lo veo.

Ha pintado un papel que abarca la pared entera, desde el borde del techo hasta el rodapié, y es tan oscuro que choca el contraste de color entre esa y las otras tres.

Hay un universo volcado con todas sus nebulosas, estrellitas y espacios infinitos negros o casi negros. Murphy se despide en uno de los laterales con el churro que tiene por brazo alzado en el interior de su nave espacial, pero casi no se le ve la cara. Es verde, y un par de antenitas graciosas le salen de la cabeza. También hay tres planetas: uno rosa, uno blanco y uno azul.

El blanco se parece mucho a la luna con esos cráteres trazados en la superficie, un juego de sombras y luces que lo hacen parecer más redondo y pequeñito, más apartado, casi como Plutón, marginado de los otros dos. En el azul hay dos personajes de los dibujos animados que me gusta ver. Según Martina: «el chicle rosa y la vampira». La Princesa Chicle tiene un sándwich de queso entre las manos y el pelo recogido en un moño, una camisa de piñas y observa con las mejillas hinchadas cómo Marceline toca el bajo sobrevolando el planeta, dándolo todo. Ha tenido el detalle de ponerle una camiseta que lleva escrito «I love girls» en letras chillonas, aunque la verdad es que no me esperaba otra cosa viniendo de... bueno, mi novia. La Princesa del Espacio Bultos vuela como una nubecilla por encima de ellas, con los brazos bajo la cabeza y la estrella en la frente. También sonrío.



Por último, en el planeta rosa, Martina y yo disfrutamos de un picnic casi tan delicioso como el de la Princesa Chicle y Marceline, solo que nosotras tenemos galletas estelares para merendar. *Gatolletas*, creo que las llaman en otra serie de dibujos animados. Yo no estoy

haciendo nada, solo observar una de esas como si fuese lo más interesante de toda la galaxia, y Martina me mira como si no tuviese mil estrellitas danzando a su alrededor que brillan más que la muñeca del dibujo que lleva mi nombre. Un corazón de color carmín con reflejos rosas se alza entre nosotras, y hasta parece que palpita.

Arriba del todo, escrito con espray, la palabra «Nortina» corona el mural. Un subtítulo más largo, en letra pequeña, le sigue: «Reina de una galaxia no tan lejana. Ahora puedes venir aquí cuando sientas que todo te supera».

Creo que empiezo a ser consciente de que el aire me entra por la nariz y llena mis pulmones cuando Martina me abraza por detrás, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Prohibido sentirse pequeña en tu galaxia Nortina.

No, pequeña no es la palabra. Con este mural, Martina ha hecho que me sienta más grande que nunca.

Noto las lágrimas esperando el pistoletazo de salida para empezar a rodar por mis mejillas, pero en vez de darles lo que quieren, echo la cabeza hacia atrás y dejo un beso largo en la mejilla de Martina, que cierra los ojos y ensancha todavía más su sonrisa.

—¿Quieres que empecemos una batalla para ver quién quiere más a la otra de las dos? —propongo, pero por cómo coge aire y lo suelta en forma de interrogante ya me respondo yo sola.

—Sabes quién ganaría, ¿verdad?

—Ahora mismo, yo, y tengo una prueba y es este mural. Martina, es que... es impresionante —consigo articular, pero tengo la sensación de que cualquier palabra que pueda decir se queda corta—. Eres impresionante de los pies a la cabeza, y nunca, jamás en mi vida, me cansaré de recordártelo.

Ella se remueve y me hace girar para besarme. Cuando cierro los ojos me doy cuenta de que el mural se ha quedado impreso en el interior de mis párpados con todas las tonalidades del universo latiendo en cada estrella y planeta, en Murphy y en la bolsa de patatas que tiene apartada en un rinconcito dentro de su nave espacial.

—Tengo una pregunta —murmura Martina, y yo hago un puchero.

—¿Tiene que ser ahora?

—En realidad... no es una pregunta. Solo tengo algo que decirte.

Martina se separa y sale un momento de la habitación. Cuando vuelve,

tiene entre las manos el calendario que colgamos en la pared del pasillo el primer día que decidimos confinarnos, pero ahora tiene muchas más rayas que al principio, y muchísimas más de las que pensamos que tendría cuando empezó todo. No sabría decirte cuántas hay ahora mismo, se volvió un gesto tan mecánico por las mañanas que ya no me agobia ver tantas juntas.

—Hace un par de días que podemos salir si tenemos todo el cuidado del mundo y más, y creo que podríamos hacerlo. ¿Qué te parece?

No necesito que Martina me diga que ha estado retrasando ese momento por mí para ser consciente de ello. No se me dan muy bien los cambios, llevé fatal las primeras semanas y fui una montaña rusa de mucho cuidado durante toda la cuarentena hasta llegar a hoy. La verdad es que esa nueva normalidad de la que hablan tanto en las noticias me asusta y no me gusta. El concepto, ya de por sí, es contradictorio: no puedes decir que una normalidad es nueva porque entonces ya no es normalidad. O, al menos, no la normalidad a la que estamos acostumbrados, y si no es esa, no la puedes llamar así.

Suspiro, bajando los hombros.

—Te sentará bien —prosigue—. Hace mucho que no ves la luz del sol ni pisas la calle.

—Es que no sé...

—Te propongo un juego —se adelanta—. Por cada cosa que veas distinta a como la recuerdas, puedes comerte una patata.

Guardo silencio. Claro que quiero esas patatas de bolsa, pero igual necesito unos días antes para prepararme mentalmente y poder dar el gran primer paso.

—La situación está empezando a estabilizarse, pero no será del todo normal hasta dentro de varios meses. Quizá años. No puedes quedarte en casa todo ese tiempo, así que podemos salir a dar un paseo de quince minutos si te apetece por ser la primera vez, cogidas de la mano, para que sepas que me tienes si necesitas algo. Pero en algún momento tendrás que empezar a dejar que el sol ilumine esas pequitas que te salen en verano.

Intento reír, pero se queda en una carcajada seca y algo espesa.

Hay un señor (que parece pelearse mucho con las almendras, por lo que Martina me ha contado de *Twitter*), que se pone delante de una cámara todos los días en directo para informar de las nuevas sobre la pandemia a la población. Durante la última semana, en las noticias casi no se ha hablado de algo que no fuese la maravillosa novedad que es poder salir después de estos dos meses en los que, al parecer, el mundo ha dejado

de girar para todos. Medidas de seguridad, mascarillas, distancias, geles hidroalcohólicos... Establecimientos cerrados, aunque podemos salir un poquito.

La verdad es que pensé que me daría más miedo, pero si me medio acostumbré a estar encerrada en casa un día tras otro, y otro, y otro más, hacer lo mismo a la inversa no tiene por qué ser tan complicado... a no ser que mi cabeza empiece a levantar barreras y muros por doquier, entonces sí que estoy perdida.

Pero tengo a Martina.

No sé qué va a pasar, pero ella siempre está conmigo. Me dice todos los días con la mirada que no va a dejarme caer, y yo la creo, porque eso es lo que hacen las personas como ella. Eso es lo que hace la gente bonita, por dentro y por fuera, ya seas *Miss Pisito en Valencia*, la novia de la reina de la galaxia Nortina, o la persona con el corazón más radiante que he conocido.

—Un día de estos —le digo, y ella sonríe—. Aunque tendrán que ser dos patatas.

Martina asiente.

—Te puedo tunear una camiseta y dibujar al chicle rosa con la vampira si así vas a sentirte más segura.

La mera posibilidad de pasearme por Valencia con una camiseta así entra en mi cabeza y ya no sale, así que asiento todo lo rápido que puedo.

—Y quiero que parezca que sean novias.

Martina chasquea la lengua y entorna los ojos, divertida.

—Claro. Mejor hago dos más, una con el chicle rosa y otra con la vampira. Así podemos llevarlas las dos.

Antes he dicho que ganaría una batalla sobre quién quiere más a la otra de las dos, y si ya tenía cero dudas entonces, ahora todavía menos. Me da igual que no haya un número más nulo que ese.

Nos inventaremos uno.

Y luego habrá que crear otro que vaya más allá del infinito.

Así, la frase «te quiero hasta el infinito y más allá con cero dudas por el camino» quedará más bonita y personal.

Pero ya si eso en otro capítulo si no decido guardármelo para mí, que tampoco es plan de dejar volar nuestra futura frase por ahí, lanzada sin manguitos a la piscina, teniendo a alguien que ya la sabe cuidar.

Martina

sonrisas que no se ven

Nora no ha remoloneado ni un poquito esta mañana, y lo primero que ha hecho ha sido bostezar, estirarse, frotarse los ojos y abrirlos para encontrarse con las camisetas de la Princesa Chicle y Marceline a los pies de la cama. Todo en ese orden. Se ha levantado igual de ilusionada que Anna el día de la coronación de su hermana (esto es una referencia a *Frozen*, sí, no podía no haber ninguna), y ha desaparecido por la puerta de la habitación en dirección a la cocina. Una vez allí, se ha servido el trozo que quedaba de la tarta de mi cumple para desayunar, y para cuando he llegado yo, ya tenía la boca llena de chocolate.

No son ni las nueve de la mañana, pero a ella no parece importarle, ni siquiera rechistó cuando le dije que nuestra franja horaria cubre hasta las diez...

Yo sí desayuno con toda la calma del mundo, vierto el yogur natural en un cuenco y parto la fruta en trocitos para mezclarlo todo después.

Nora vuelve a los dos minutos con la camiseta de la Princesa Chicle puesta y unos pantalones de campana sobre las piernas, sujetos con las manos.

—¿Crees que esto me quedará bien?

La miro de arriba abajo y me meto una cucharada en la boca.

—Nora, cariño, no te va a ver nadie.

—¡Yo me voy a ver!

Asiento, intentando tragarme la sonrisa.

—Entonces, sí. Te quedan genial, estás guapísima, eres una reina, faraona, diosa...

—Martina...

—Y no es por echarme flores, pero he de decir que el peso de toda esa belleza recae sobre la camiseta —aclaro, señalándola con la cuchara, pero Nora pone los brazos en jarras y enarca una ceja—. Y en ti, claro. La chica más guapa de España.

Ella asiente y empieza a ponerse los pantalones mientras intenta caminar. Le he dicho mil veces que no puede hacer esas dos cosas al mismo tiempo, pero es como hablarle a la pared.

—Será zalamera... —oigo que dice desde el pasillo, y en vez de replicar suelto una carcajada.

La verdad es que Nora lo está llevando muy bien, ayer se acostó pronto y ha apagado entusiasmada la alarma cuando ha sonado esta mañana. Tiene ese brillo en los ojos que dice que algo le hace ilusión, que le encanta, que lleva esperándolo como un niño el día de Navidad, y yo solo le pido al universo que el exterior no le decepcione tanto, porque no aguantaría verla destrozada con la mirada ida lo que queda de semana... o de pandemia.

Nora no ha salido ni una sola vez en lo que llevamos confinadas, he sido yo la que se ha encargado de ir al Mercadona cada semana y bajar a la farmacia cada vez que necesitábamos algo, así que sé lo que voy a encontrarme ahí fuera, más o menos. He visto la transición desde el caos de los primeros días a la aparente calma que hay ahora, pero ella... Ella va a encontrarse directamente con la calma, tan muerta y apagada que quizá le resulte una jarra de agua fría.

Aun así, confío en Nora, y confío en esa cabecita que piensa y maquina hasta cuando creo que solo está viendo el atardecer desde la ventana. Nora siempre piensa, da igual en qué.

Estoy apoyada en la encimera mirando a algún punto fijo en la pared, tragando cucharadas de yogur con fruta sistemáticamente, pero los ruidos del resto de la casa no son sistemáticos. Nora vuelve escopetada a la cocina con el móvil en la mano, las cejas muy juntas y un puchero en los labios. Lleva una goma de purpurina en la muñeca, supongo que para hacerse algún peinado.

—¿Todavía estás así? ¡Vamos a llegar tarde!

Miro la hora en el reloj de la pared.

—Solo son las nueve y siete.

—¡Pues eso! A las diez como tarde tenemos que estar en casa, y no quiero hacerlo mal el primer día, ¿y si nos para la policía porque estamos un minuto fuera de franja? ¿Podría multarnos? Y si nos perdemos y luego no sabemos volver... Qué pasará, ¿eh? ¿Qué pasará entonces, Martina?

Pestaño.

Creo que me he quedado mirándola con el cuerpo parado y la mente en blanco. Devuelvo la atención a mi desayuno, pero solo consigo que Nora se apoye de lado en el marco de la puerta.

—Mi amor... algunas nos tomamos la vida con calma.

—Está todo mal en esa frase. ¿Y si viene un meteorito como el de los dinosaurios, nos aplasta, y te quedas con un montón de cosas por hacer?

Enarco una ceja y esbozo una mueca extraña.

—Eso no va a pas...

—Tú misma lo dijiste —señala, de brazos cruzados—. Esas cosas son cíclicas.

Me masajeo las sienes, pensando, o quizá intentando librarme de este dolor de cabeza matutino.

Termino el desayuno todo lo rápido que puedo y lo dejo a remojo en el fregadero, soltando el aire que tenía retenido dentro.

—Vale, mira. Ve a hacerte la trenza o la coleta o lo que sea que tengas que hacer, yo voy a vestirme y en menos de cinco minutos ya estamos. ¿Te parece bien?

Nora sonríe y la luz vuelve a su rostro, las pequitas son iluminadas por los rayos del sol que se cuela por la ventana a mis espaldas, los ojos grandes, brillantes, y la sonrisa se pega a su carita antes de marcharse corriendo en dirección al cuarto de baño.

Asiento más para mí que otra cosa, mordiéndome el labio, cojo aire y voy a la habitación. Mi camiseta de Marceline se ha quedado sola a los pies de la cama, y Nora ya me ha hecho el enorme favor de decidir qué pantalones voy a ponerme: unos vaqueros gastados y rotos que no saco del armario desde hace dos meses (lo que llevamos de pandemia, más o menos). Me visto deprisa, me peino con los dedos y saco el maquillaje con el espejito que me regaló mi madre cuando cumplí los veinte. No tengo pensado hacerme uno súper complejo, con un poco de sombra brillante, rímel y el pintalabios carmín bastará.

Pero Nora sale del baño, peine en mano, y empieza a hacerme un recogido bastante destartado al que no estoy para nada acostumbrada. Ahora, un moñete sujeto con pasadores me corona la cabeza, y bufo cuando lo veo en el espejo.

—De verdad que no hacía falta.

—Pero esta es una ocasión especial —insiste—. Tiene que ser todo perfecto.

«Tiene que ser todo perfecto». El intermitente perfeccionismo de Nora también suele alcanzarme a mí.

Ah, y, por cierto, yo no me veo nada perfecta con ese moño ahí, pero a ver quién tiene el valor de decírselo.

Solo tardamos tres minutos más en dejarlo todo listo para la primera salida al mundo exterior, y casi tengo que recordarle que se ponga la mascarilla. Supongo que algún día querrá que se la tunee de rosa, o de azul, o que le dibuje en uno de los laterales la bandera del colectivo... o la lésbica, directamente. No voy a decirle nada por si acaso, no vaya a ser que lo quiera para ya.

A Nora se la ve demasiado tranquila, y hasta tiene tiempo de mirarse en el espejo del ascensor y asegurarse de que las trenzas están en su sitio. Yo reprimo el impulso que me sale siempre de tocárselas, pasar los dedos por ellas y notarlas como la espiga bajo mi piel. De pequeña me encantaba esa sensación, y cada vez que mamá me llenaba la cabeza de trencitas, me pasaba el día entero así.

Ahora solo nos separa la puerta de cristal del portal.

Nora me coge la mano.

Inspira profundo.

Por instinto, inspiro yo también.

Me mira.

La miro.

Esto es demasiado intenso.

—¿A qué esperamos? —pregunta en apenas un susurro.

Trago aire.

—A que tú quieras.

—¿Crees que puedo hacerlo?

Miro la calle a través del cristal y casi puedo sentir el aire contra mi cara, casi oigo el cantar de los pocos pajarillos que se atreven a aventurarse entre los edificios de Valencia, y apenas escucho a la gente hablar. Sonrío de lado, con la mirada cansada, y Nora reprime un hipido.

—Claro que puedes, pero recuerda que no pasa nada si necesitas tomarte tu tiempo. Te has puesto tu camiseta de la Princesa Chicle, te has hecho dos trenzas de raíz, hasta me has peinado, y yo me he maquillado. ¿Qué puede salir mal?

Consigo que Nora sonría un poquito con la mirada, levante la cabeza y me guíe hasta la puerta. Cuando la empuja, el viento le remueve los bajos del pantalón y ella arruga la nariz.

—¿La calle siempre ha sido así?

Se adelanta un par de pasos y mira en ambas direcciones, como esperando ver a ese dragón que lo devora todo, el que alberga todas sus respuestas, o el responsable de todos los miedos que tiene almacenados en su cabeza, la representación de aquello que siente pero no sabe explicar. Fuera todo sigue igual, la calle es la misma, Valencia es la misma, el árbol de enfrente se parece mucho al que nos encontrábamos cada día que salíamos de casa e íbamos a la facultad. O a trabajar.

Nora llena sus pulmones de tranquilidad, así que yo puedo hacer lo mismo. Da saltitos en el sitio y me mira como si acabase de descubrir el paraíso, como si solo ahora fuese consciente de que lo ha tenido bajo el balcón durante todo este tiempo.

Yo también sonrío, aunque mi motivo es diferente: ella. Yo también tenía miedo, pero no por qué me iba a encontrar, sino por cómo ella reaccionaría a algo así. A algo tan grande que, sin embargo, parece tan pequeño cuando se vuelve rutinario.

—¿Estás contenta?

—¡Mucho! Mira, Martina, ¡estoy en la calle!

—¡Y puedes enseñarle a todo el mundo la maravillosísima camiseta que llevas!

Nora da vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos en cruz, y doy gracias porque no hay nadie por aquí cerca; cualquiera pensaría que estamos locas de atar. Pero los pequeños triunfos hay que celebrarlos como los grandes.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

Nora vuelve a mi lado y me da la mano, caminando rumbo a algún lugar remoto que todavía no ha decidido, aunque no me importa.

Cruzamos varias manzanas, pasamos cerca de bares cerrados y parques precintados. Esta es una realidad completamente distinta a la que estamos acostumbradas, pero es la *nueva*, aquella de la que todo el mundo habla en las noticias, en las conversaciones con amigos, las telefónicas con papá y mamá. Mis hermanos dicen que el bicho está cansado y se va a dormir, solo que su rutina nocturna es tan larga que le va a llevar meses. Seguro que esa es una de las ocurrencias de mi madre para explicarles lo que está ocurriendo en el mundo.

Han pasado diez minutos y ya volvemos a casa, Nora no me ha soltado la mano en ningún momento y apenas ha hablado en todo el trayecto, así que me sorprende cuando suelta un gritito, quedándose quieta en el sitio con la mirada clavada en el suelo.

Bueno, quien dice en el suelo... dice en el perro que se está acercando seguido de su dueña, uno pequeñito y redondito con la lengua fuera. Debe de ser un bebé.

—Martina, rápido, ¿los perritos saben que les sonrío si tengo la mascarilla puesta?

Ladeo la cabeza y busco una respuesta, pero Nora ya está inclinada hacia el cachorro y su dueña ha detenido su paso un par de metros apartada de nosotras.



—Es precioso —murmura—. Su hijo es precioso —le dice a la chica. Ella sonrío con los ojos.

—Tiene cuatro meses.

—¡Es un bebé!

—Un bebé muy bueno, también hay que decirlo.

Nora le dice adiós al perrito con la mano, y también a la chica, que reanuda su paseo cuando ya nos hemos alejado un poco.

—¿Has visto cómo me sonreía? Debe de estar contentísimo teniendo a su familia durante dos meses para él solito.

—Yo creo que ha visto tu camiseta y se pensaba que ibas a darle un chicle.

—¡Y dale con la camiseta!

Estoy muy orgullosa de nuestras camisetas, no voy a negarlo.

Abro la puerta del portal, entramos en el ascensor y Nora se mira en el espejo. Sigue igual de guapa que esta mañana, aunque un poco despeinada, pero la Nora confinada siempre lo estaba.

Lo primero que hacemos nada más llegar a casa es dejar las mascarillas en el mueble de la entrada e ir directas a lavarnos las manos y la cara; puedo oír cómo Nora canturrea el cumpleaños feliz para medir el tiempo que tiene que estar frotando, aunque le he dicho mil veces que el estribillo de *Show Yourself* es mejor, y seguro que más eficiente contra el coronabicho.

Luego, se mira en el espejo con su sonrisa radiante y me dedica unas últimas palabras de cariño antes de salir del cuarto de baño:

—Por cierto, me debes veintiséis patatas.

Nora

Casa

—¿Por qué te debo veintiséis patatas, si se puede saber?

Martina grita mi nombre entre divertida y anonadada mientras intenta deshacerse del horrible peinado que le he hecho hoy para salir (en mi opinión, es precioso y le queda genial, pero no quiero decírselo mucho porque se le encenderá la cara como un tomate).

Mis pasos son cada vez más largos hasta que llego a la habitación y sustituyo los vaqueros de campana por unos cortos de pijama, más fresquitos y cómodos, pero me dejo la camiseta de la Princesa Chicle puesta. Es demasiado bonita para haberla usado solo durante unos minutos. Además... me encanta cómo Martina la adora cada vez que la ve, alegando que soy todavía más guapa con ella.

Me humedezco el final de las trenzas con los restos del agua que me queda en las manos (no suelo usar las toallas, mamá me regañaba siempre por eso. Mis pantalones y los bajos de mis camisetas tienden a estar húmedos casi continuamente), y suelto un suspiro entrecortado.

Salir por primera vez en dos meses ha sido... raro, como sacar con una espina otra que tenía clavada desde hacía un tiempo. Dolía, pero el dolor merecía la pena cuando podía sentir el aire al nivel del suelo y no desde el balcón. Martina tenía razón. No podía retrasarlo mucho más, antes o después debía enfrentarme a la incertidumbre del qué pasará, pero nunca pensé que fuese tan gratificante.

Nunca pensé llevarlo tan bien, si soy sincera.

Cuando crucé la única puerta que nos separaba de la calle, mi mundo se tambaleó durante un par de segundos, pero conseguí estabilizarlo en cuanto puse el primer pie sobre tierra firme. La mirada de Martina me sostenía cada vez que creía caer, aunque dudo mucho que ella lo supiera. Lo he disfrutado todo como una enana, aunque eso no reste importancia a la sensación extraña que tengo en la garganta, entre agria y ácida, desde que hemos vuelto a casa. Tendré que acostumbrarme a esta nueva normalidad, me guste o no. No existe otra opción, pero tampoco hay que ir deprisa. Iré dando *baby steps*, pequeñitos y decididos, hasta que llegue a la cima.

Mi cima. Una vez, Martina me dibujó en lo alto de una montaña como símbolo de fortaleza, y todavía guardo ese pequeño lienzo en alguno de los cajones de la habitación. Algún día de estos tendré que sacarlo y colgarlo en la pared junto a todos los demás.

—¿Por qué veintiséis patatas, Nora? ¿Tantas cosas nuevas has visto?

Me encojo de hombros.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro con una Martina tan despeinada que su hermanito Noah se habría pasado la tarde entera diciendo que es una bruja y nos va a comer a todos. Oculto la sonrisa, mordiéndome el labio, y reprimo las ganas de revolvérselo todavía más aún y cepillárselo después. Los párpados siguen brillándole con el maquillaje impoluto.

—Trece —aclaró—. Dos patatas por cada una, ese era el trato.

—¿Me puedes explicar qué trece cosas nuevas has visto?

Sonrío, pasando por su lado y dirigiéndome al salón. Una vez allí, enciendo la televisión y conecto el disco duro que contiene el almacén de todos los capítulos de *Hora de Aventuras* que hemos ido encontrando por ahí, sin ordenar, y selecciono uno al azar. Bajo el volumen al mínimo.

—A ver... La cinta que cubría el parque, el tobogán y los columpios sin niños —enumero, levantando tres dedos—. Los bares cerrados, no había gente, y pasaban menos coches —continúo, alzando otros tres. Tengo que empezar a usar la otra mano.

—Estás desmenuzando cada pequeña cosa para que cuente más —señala, y yo sonrío.

—A ese perrito tampoco lo había visto nunca. Ni a su dueña. Dos más.

—¡Nora! ¡Pero eso es trampa!

Recupero la compostura en el sofá estirando la columna con la cabeza alzada y una sonrisa esbozada en los labios, como una reina que intenta por todos los medios que no se le caiga la corona.

—Dos patatas por cada cosa distinta a como la recordaba.

—Pero me refería a un conjunto. Si nos ponemos así, seguro que a los árboles se les han caído hojas durante estos dos meses, hay más o menos plantitas creciendo alrededor de los troncos, o alguna pequeña piedra estaba fuera de su lugar.

Titubeo, frunciendo los labios, y asiento.

—Buena idea. Ahora me debes treinta y dos.

Martina se lleva la mano a la cara, y creo que le ha dolido por la expresión que se le queda cuando baja el brazo.

—Eres tontísima.

—Pero me quieres igual —murmuro, y ella ya sabe que no lo he dicho para picarla. Me repetía esa frase en mis días malos.

Martina suspira y se sienta a mi lado, envolviéndome entre sus brazos, cerrando los ojos, apoyando la cabeza en mi hombro. Yo trazo círculos en su espalda con la mirada clavada en la televisión.

A tientas, encuentro su mano y entrelazo los dedos con los míos. Todo alrededor está en silencio, las imágenes de los dibujos se suceden con asombrosa tranquilidad, como si ellos también estuviesen embadurnados de esta realidad que pesa como una fantasía densa difícil de tragar. Inspiro hondo, y Martina levanta un poco la cabeza.

—Voy a por tus patatas —me susurra, dejando un beso en mi sien—. Pero prométeme que dejarás espacio para la comida.

La miro y enarco una ceja. Ella ya sabe que no lo voy a hacer.

Ríe y acorta la distancia que queda entre nosotras para besarme, pero yo mantengo la sonrisa con los ojos cerrados. No hay nada, absolutamente nada en el mundo, que haga que deje de mirarla con amor, como si algo dentro de mí se hubiese derramado y empapase las costillas, los pulmones y el corazón, asegurándose de mantener los sentimientos libres ahí guardados, custodiados por una chica hecha a base de chicle rosa y una vampira que la ama aún sin habérselo dicho nunca. Todavía.

La diferencia es que Martina y yo nos lo hemos dicho muchas veces.

Ella sonrío sin apartar la mirada de mí cuando se dirige a la cocina, y a los dos minutos regresa con dos cuencos y dos bolsas de patatas.

Prometo que hoy Murphy se mantendrá al margen, no dejaré que rompa el ambiente de cuento de hadas que nos rodea.

Hace mucho tiempo, hará un par de años, quizá algún mes más, le dije a Martina que solo acabábamos de empezar, y que habíamos trazado la mayúscula más bonita que había visto jamás en el libro de nuestra historia. Ella me dijo que tenía ideas, y yo le aseguré que también tenía algunas. Entre las dos cogimos el lápiz (o el boli, o la pluma), y empezamos a escribir.

Todo principio tiene un final.

Pero aún no tiene por qué llegar.

Yo solo sé que, siempre, cuando busco las palabras para expresar lo que me pasa, lo que siento, me encuentro a mí misma repitiendo las mismas: «Esto no ha hecho más que empezar».



Agradecimientos

Esta novelette no existiría sin Javi, mi maravilloso lector beta que me quitaba los miedos de la cabeza cuando pensaba que un capítulo estaba horriblemente escrito, o que no iba por buen camino. Gracias, Javi, por estar al pie del cañón.

También tengo muchísimo que agradecerle a Ali, porque la maquetación es obra suya y sin ella seguramente esta historia no habría salido (o sí, pero ni de lejos tan bonita). Gracias, Ali, por la maquetación, pero sobre todo por la paciencia y por escuchar tranquilamente mis mil audios diarios sobre mis niñas.

Y gracias a ti, por haberles dado una oportunidad a Nora y a Martina, por haber clicado en ese *Descargar* y darme una oportunidad a mí. Si has llegado hasta aquí, tengo que darte doblemente las gracias. Espero que te haya gustado, y ojalá nos veamos en próximas publicaciones.

Gracias